

Christian Chen (1937-2017)
In Memoriam



Un ministerio fructífero

"Por toda la tierra ha salido la voz de ellos, y hasta los fines de la tierra sus palabras" (Rom. 10:18).

El 27 de julio de 2017 fuimos profundamente conmovidos por la repentina partida de nuestro amado hermano Christian Chen. Si bien es mucho mejor para él estar en la presencia del Señor, su ausencia se deja sentir entre sus consiervos y entre todos quienes fuimos (y seguiremos siendo) bendecidos por su ministerio como maestro de la bendita palabra del Señor.

Tuvimos el privilegio de recibir a nuestro hermano Christian en Chile, por primera vez en enero de 2003. De ahí en adelante, regresó cada año a enseñar a la iglesia, en especial a los jóvenes, hasta el año 2012, cuando, acompañado de nuestro amado hermano Stephen Kaung, entonces de 98 años de edad, vinieron a cerrar un fructífero ciclo de enseñanzas. Hoy, en la sección Legado, incluimos uno de sus mensajes de aquella "conferencia de despedida".

Agradecemos al Señor por la palabra viva que sigue fluyendo a través de Sus vasos escogidos. Necesitamos el equilibrio apostólico de combinar la edificación de la iglesia con la predicación del evangelio. Nos ayudará mucho el mensaje acerca del libro de Job y su vigente aplicación a la experiencia de cada creyente. Que el corazón se fortalezca al considerar el aspecto celestial de la vida cristiana.

Por medio de Jesús, el hombre halla el paso franco para elevarse de su bajo estado a las hermosas alturas de Sion.

La escalera

Henry Law

“Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo...” (Gén. 28:12).

La voz que nunca yerra dice: «*Sabed que vuestro pecado os alcanzará*». Por lo tanto, la miseria sigue los pasos del trasgresor, en cumplimiento de esta ley eterna. Cuando los pies se apartan del sendero del Evangelio, solo hallan surcos sembrados de dolor. La piedad es un remanso de paz; pero el que se aparta de ella se encuentra en un mar de dificultades.

La experiencia de Jacob

El caso de Jacob confirma, dolorosamente, esta verdad. Como un paria vagabundo marcha por un camino hosco y solitario. El viaje que tiene ante él es largo y peligroso. Recuerda con añoranza todo lo que ha dejado atrás. Le sobrecoge un temblor al prever los males del mañana. Pero su angustia más profunda proviene de una conciencia turbada: si abandona su casa es porque primero ha abandonado a Dios.

Alma, sopórtalo todo y sufre mucho, si es necesario, pero nunca te aventures, inducida por tretas malignas, a andar delante de la columna de fuego y la nube. El pecado del hombre no puede acelerar los propósitos predeterminados de Dios. Por el contrario, detiene la mano dispuesta a bendecir y la arma con el azote disciplinario.

Posiblemente nunca se ha puesto el sol estando una persona tan sombría como lo estaba Jacob cuando se detuvo en Luz. Su techo era el firmamento, su lecho la tierra desnuda, y una piedra áspera le bastó para apoyar su cabeza.

Pero Jacob era, desde la eternidad, heredero de una herencia imperecedera, que no se puede perder. Por eso tenía él un amigo que se dolía con él, y cuidaba sus pasos con solicitud. Era el Señor, cuyo amor es sabiduría, y

que guía a sus hijos a pasos difíciles para su bien, no abandonándolos en la adversidad. Esto es lo que ocurrirá con Jacob, y lo que seguirá ocurriendo mientras los santos tengan necesidad de ser humillados, para que después se levanten con seguridad.

Por fin, el sueño vence sus ojos cansados. Pero en las vigiliass de la noche el ojo de la fe percibe, con gozo, maravillosas enseñanzas. «*Y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo*». Ésta era una señal muy clara de Aquel que nos reconforta revelándose a Sí mismo.

La simiente de la mujer, la bendición de la tierra y el pacto con Su pueblo, quedan revelados en este significativo símbolo. El Redentor se presenta en su persona, su obra y su gracia maravillosa.

El patriarca descubrió que el estar lejos del hombre es estar cerca de Dios. Levantándose exclamó: «*Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía*».

Un símbolo del Señor

Esta imagen, tan llena de verdad evangélica, no se desvaneció cuando llegó la aurora. Su poder alcanza para enseñar por todas las edades, y para hacer de todo lugar solitario un nuevo Bet-el para un corazón peregrino. Considera bien esta escalera. Jamás ha habido otra semejante en la tie-

rra. Su extensión es tal que llega a unir el mundo de la Divinidad y el de los hombres.

Nuestra morada envilecida por el pecado queda conectada a la mansión del Eterno; apoyándose en el mismo suelo que nuestros pies manchan, ella se alza, atraviesa los cielos y llega al mismo trono de Dios. Por lo tanto es un símbolo del Señor, que aun siendo el Altísimo, es también aquel que no estimó como cosa a que aferrarse el ser semejante a Dios, antes tuvo por sumo gozo contarse entre los miembros de la gran familia humana.

Este símbolo muestra a Jesús en el milagro de su persona: hombre sin cesar de ser Dios; Dios sin rehusar ser hombre. ¡Buenas nuevas son éstas! Debemos asirlas como ancla de nuestra esperanza y luz de nuestra salvación.

El Jesús en quien creemos es el Dios Todopoderoso. Todo lo que la Divinidad posee de poder, sabiduría, amor y dominio ha sido suyo, y lo será por todas las edades. Nació en la eternidad. Su hogar es el cielo. Su potencia es infinita. Su voluntad siempre se cumple. Ha sido coronado de gloria, y el brillo de su diadema es la redención de las almas. Ni aun forzando el pensamiento podemos llegar a comprender su inmensidad. Al final de esta escalera está Jesús reinando como Dios viviente.

Los pies que están en la escalera ya no descansan en la tierra. El hombre que está en Cristo se encuentra muy por encima del mundo.

La victoria sobre el pecado

Hay que hacer observar, también, que un Salvador inferior a éste no podría haber salvado un alma manchada de pecado. Porque, ¿qué es el pecado? El pecado es un mal infinito, porque ultraja todos los atributos infinitos de Dios. Por esta razón va siempre unido a un castigo infinito. Sus consecuencias son incalculables. Sube hasta el cielo y despierta la ira divina. Desciende al infierno y enciende las llamas inextinguibles. Es de consecuencias eternas. Se hace en un momento, pero no se puede deshacer por todas las edades ¿Y quién puede quitarlo? Si el hombre lo toca se vuelve más pecaminoso.

Los esfuerzos de los ángeles son inútiles. Pero viene Jesús, y al derramar su sangre desaparece el pecado. La sangre de Jesús limpia de todo pecado. De aquí proviene el deleite que él da al corazón redimido. El pecador consciente de sus iniquidades halla en los méritos del Salvador un lugar donde enterrarlo todo.

¿Por qué hay muchos que tienen en poco esta gran salvación, y se contentan con el pobre refugio que ellos mismos fabrican? Porque no saben lo que es el pecado. Pero cuando el Espíritu toca la conciencia, dejando el pecado al descubierto, ya no puede haber paz sino en el refugio divino. Cristo, y Cristo solo, es ese refugio. Temo que para muchos todo esto sea una verdad oculta.

El símbolo de la escalera también anuncia que Jesús se ha revestido con nuestra naturaleza. La escalera apoyada en la tierra representa a Jesús como verdadero hombre, para redimirnos. El hombre debe morir. Jesús, como hombre, cuelga de la cruz para representarnos; y, como Dios, está allí para sustituirnos.

Su divinidad da poder al acto y su humanidad lo confirma. La una representa su absoluta suficiencia, y la otra su perfecta idoneidad. De este modo Cristo cancela la deuda y sufre todo el castigo. La maldición ha desaparecido ya. Él es verdadero Dios. Sí, nuestro Creador ha creado una maravillosa justicia. Su esposa, la iglesia, sube con esplendor inmaculado hasta el trono de Su gloria.

Desde lo terrenal a lo celestial

Los usos comunes de la escalera nos pueden enseñar mucho en el acto de acudir a Jesús. Con una escalera nos despegamos del suelo y nos elevamos

a las cosas que están arriba. Así también, por medio de Jesús, nuestras almas hallan el paso franco para elevarse de su bajo estado a las hermosas alturas de Sion. El pecado, además de dejarnos postrados y sin medios para remontarnos, abrió un abismo que el hombre, por sí solo, no podía salvar. Pero cuando Jesús se interpone, la distancia desaparece.

Sé que el deseo de tu corazón es que tus oraciones y alabanzas lleguen hasta Dios. Pues bien, confíalas a Jesús y nada podrá detener su ascenso. Ansías que tus lágrimas de penitencia y tus suspiros de dolor se oigan en aquel lugar donde reina la misericordia. Entonces, gime unido a Jesús y tocarás el corazón del Padre. Si te estás esforzando para que tus palabras y tus obras glorifiquen su nombre, hazlo todo en la presencia de Jesús y nada será en vano.

¡Qué hermoso es ver aparecer todas las esperanzas y acciones de la fe ante el trono de Dios! Sabes, también, que pronto has de morir. Encomienda tu espíritu al cuidado de Jesús y, cuando quede libre de esta prisión de barro, se remontará, como con alas de águila, y no se detendrá hasta transponer las puertas del día eterno.

Provisión de lo alto

Pero la misma escalera también sirve para descender. ¿Cómo podríamos recibir las provisiones que necesita-

mos de arriba? Solo Jesús ofrece un camino abierto. A través de él, el Espíritu es derramado. La luz que disipa nuestras tinieblas, las visiones de su amor redentor, la fortaleza para empezar y proseguir la carrera celestial, y el gozo que nos reaviva, descienden por esta línea de unión.

Cuando el creyente se sitúa en esta escalinata, puede oír voces que le aseguran que su iniquidad ha sido perdonada, y su alma salvada. Éste es el camino por donde las promesas llegan hasta su mano, y las respuestas le demuestran que sus oraciones han sido escuchadas. ¿Cómo podremos bendecir lo suficiente a ese Jesús que une a un pueblo bendito con un Dios bendecidor?

Lector, este tema es personal y práctico. ¿Aprecias debidamente y utilizas a diario esos escalones venidos del cielo? El significado de esa pregunta es: ¿Estás unido, por fe, a Jesús? La fe es el ojo que ve esa escalera, la mano que la toca y los pies que nos hacen subir. Para saber si el Espíritu te ha revelado lo que para Jacob fue nueva vida, hay una prueba sencilla: ¿Eres capaz de pisotear el mundo con sus pasiones, sus costumbres y sus principios? Los pies que están en la escalera ya no descansan en la tierra. El hombre que está en Cristo se encuentra muy por encima del mundo. «*No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*».

Una vida ascendente

Aún hay otra prueba: ¿Vives una vida ascendente? El creyente va subiendo, paso a paso, de bendición en bendición. No puede haber crecimiento en tanto que nuestros afectos nos aten al fango. Hay que ser completamente de Cristo, o no se puede ser en absoluto.

Ese ascenso requiere un esfuerzo. Los cristianos tienen cada nervio en tensión. Corren una larga carrera, inagotables. Luchan en oración. Su celo fluye como la marea del océano. No se cansan de buscar en la mina de la Verdad, y de esparcir las riquezas que encuentran. Es como si invadiesen el cielo con santa violencia. Lector, si eres un haragán o un perezoso soñoliento, temo por ti. Cristo trabajó en la tierra, y Cristo trabaja en los cielos. Tal como es la cabeza, así han de ser los miembros; tal como es el Señor, así han de ser los siervos.

Ten cuidado, también, de las escaleras falsas. Satanás ha preparado muchas. Tienen una forma atractiva, parecen alcanzar el cielo. Pero, en

realidad, su extremo apunta al infierno. Sus escalones están podridos y se quiebran con facilidad. Solo hay una escalera de salvación: Cristo Jesús.

Creyente: has profesado estar en esa escalera. Está firme; vigila y ora. Ha habido quienes parecían subir bien y cayeron estrepitosamente. El resbalón más peligroso es el que se da cuando casi se ha llegado a la cima. Si sabes que has caído, levántate y adora a Dios para que tu vida prosiga. Levántate y suplica misericordia para volver a ascender.

Pecador: tú no sabes nada de este camino a Dios. En este momento te encuentras alejado. ¿Cómo podrás resistir el estar alejado para siempre? Escucha, y que el Espíritu bendiga esta última palabra. Hay una Escalera para apartarse de cada pecado y de cada dolor terrenal. Pero no hay escalera para escapar de la paga del pecado. No había escalones para que el hombre rico se acercara al seno de Abraham. No hay salida por donde Judas pueda huir de su prisión.

De El Evangelio en el Génesis

Una madre noble

En la historia de la madre de John Wesley vemos un ejemplo perfecto de total consagración al llamado de Cristo y a la dulce voluntad de Dios. Cuando le fue pedido su consentimiento para que su hijo viajara de Inglaterra a los Estados Unidos, ella respondió con estas nobles palabras: «Si yo tuviese veinte hijos, me regocijaría si ellos pudiesen ser usados de esta forma, aunque yo nunca más volviese a verlos».

Á Maduridade

TEMA DE PORTADA

Una nueva etapa en la vida de la iglesia comienza cuando ella reencuentra y asume el anuncio del evangelio.



Redescubriendo el Evangelio

Rodrigo Abarca



Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio! ... A todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él”.

— 1^o Cor. 9:12-23.

El apóstol Pablo recibió un encargo fundamental respecto a la edificación de la iglesia. La carga específica de su ministerio fue la revelación del cuerpo de Cristo y su edificación.

Pero, a la vez, nadie tuvo un encargo tan profundo y determinante como él respecto a la predicación del evangelio. Son dos cosas que iban juntas en la vida del apóstol, y él procuró cumplir ambos encargos, derramando su vida hasta el final.

En la Escritura, ambas cosas van siempre de la mano, y no deben separarse. Eso está magistralmente ejemplificado en la vida del mismo Pablo. Es por medio del evangelio que nace la iglesia, y es también por medio de él que ella se edifica. El evangelio está en el corazón de la exis-

tencia de la iglesia. En Efesios, la carta donde Pablo nos habla de la iglesia de manera tan profunda, él introduce el evangelio, mostrando cómo éste hace posible el nacimiento de la iglesia.

Aquel propósito eterno que Dios tuvo en la eternidad y que incluye a la iglesia, solo se pudo realizar porque Cristo murió por nosotros. «*Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados*» (2:1). Estábamos perdidos, sin esperanza. Esta es la descripción de nuestra vida. «*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó ... nos dio vida*» (v. 4). Este es el evangelio.

La buena noticia

«*Pues si anuncio el evangelio, no tengo de qué gloriarme; pues me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!*» (1ª Cor. 9:16). Pablo dice estar bajo una obligación por la cual tiene que dar cuenta. ¿Tenemos nosotros esa percepción de nuestra responsabilidad con el Señor en el evangelio?

Esto no es algo que Pablo haga a la fuerza, sino de buena voluntad. Todo su corazón está aquí; no es una obligación, sino su respuesta al gran amor de Cristo. «*A todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por*

causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él» (v. 23). Pablo se identifica a tal punto con el evangelio, que se hace parte de éste, para poder llegar a todos.

No podemos decir que toda la Biblia sea el evangelio, ni aun que todo el Nuevo Testamento sea el evangelio. Es algo más específico. La palabra evangelio significa anuncio, noticia que se pregonaba en voz alta.

Los griegos usaban esa expresión en el siguiente contexto. Imaginemos una ciudad sitiada. La ciudad envía su ejército para defenderse, y los demás moradores se quedan allí, sumamente angustiados. El destino de la batalla es incierto; el invasor parece invencible. Pero, contra todo pronóstico, éste es derrotado. Entonces, un hombre corre desde el campo de batalla hasta la ciudad, voceando la buena noticia por las plazas y las calles. Este es el sentido de la palabra evangelio.

El evangelio es una noticia que no viene de los hombres, sino del cielo mismo. Por eso, cuando Pablo comienza Romanos, la carta del evangelio, dice: «*Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo*» (vv. 1-3).

El anuncio del evangelio es acerca de Cristo. Éste no dice que nosotros debemos hacer algo para ganar el favor de Dios, sino que Dios ha hecho algo a nuestro favor.

La condición del hombre

Nosotros estábamos perdidos, pero Dios envió a su Hijo, y él nos salvó, muriendo en la cruz y resucitando de entre los muertos por todos nosotros. Esta es la buena noticia. Y esta salvación está disponible para todo aquel que cree y pone su confianza en Cristo. Pablo dice: «*No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación*» (Rom. 1:16).

¡Cuán perdidos estábamos todos nosotros! En Romanos 1:18, Pablo habla de la condición del hombre caído, y nos dice que no hay diferencia, puesto que cualquiera sea el camino que los hombres tomen para tratar de salir de su situación, éste será infructuoso.

Los hombres han inventado todo tipo de dioses y de religiones, pero ningún ídolo, ni las religiones, ni la misma ley moral, han podido salvarlos. Porque, en todos esos caminos está el esfuerzo del hombre caído tratando de conseguir su salvación. No importa cuántos intentos haga, nunca podrá salir del lugar en que se encuentra.

Evangelio y avivamiento

Martin Lloyd-Jones, el famoso predicador británico del siglo XX, en su libro *Avivamientos*, dice: «Todo avivamiento en la historia de la iglesia comienza cuando la iglesia redescubre el evangelio».

En tiempos de Lutero, todos se esforzaban en hacer buenas obras, buscando ser amados por Dios. Lutero era uno de ellos, tratando de agradar a aquel Dios tan exigente que parecía estar perpetuamente airado contra la raza humana.

Un día, Lutero peregrinó a Roma. Allí había una enorme escalinata de más de cien escalones. Y se decía que aquel que subiera de rodillas, rezando, al llegar arriba, obtendría el perdón de sus pecados. Él lo intentó, y cuando ya casi lo lograba, de pronto, un versículo atravesó su mente: «*Mas el justo por la fe vivirá*» (Rom. 1:17). Entonces, un nuevo día comenzó para la historia de la humanidad, porque aquel hombre redescubrió el poder eterno del evangelio. Todo esfuerzo no sirve de nada, porque Dios me perdona gratuitamente, si creo en su Hijo Jesucristo.

En Inglaterra, en el siglo XVIII, la iglesia había caído en un estado de frialdad espiritual. El evangelio se había convertido en una doctrina seca, sin vida, en mera discusión teológica.

Ellos creían que solo confesar el credo correcto era suficiente para ser salvos. Todo estaba muerto. La depravación moral en Londres, una ciudad que había perdido de vista el evangelio, era inconcebible.

Puede haber una confesión correcta del evangelio sin una realidad en el corazón. En ese tiempo, un grupo de estudiantes de Oxford se reunió para buscar la salvación mediante un riguroso método de santidad. Por ello, fueron llamados *metodistas*. Allí estaban John y Charles Wesley, y George Whitefield. Por cinco años, ellos lucharon en vano. Finalmente, los hermanos Wesley fueron como misioneros a los Estados Unidos; pero su evangelio era un legalismo de obras. Nadie se convirtió, y volvieron derrotados a Inglaterra.

Durante la travesía por el Atlántico, el barco fue azotado por una terrible tormenta, a tal punto que temieron por sus vidas. Pero había a bordo un grupo de hermanos moravos que cantaban en medio de la tempestad. Y eso les impresionó. Aquellos hermanos tenían una fe que John Wesley no poseía. Todos sus esfuerzos por ser santo no se podían igualar a aquella fe.

Los hermanos lo invitaron a una de sus reuniones en Londres. En ese lugar, un pastor predicó utilizando el

comentario de Lutero a la carta a los gálatas. Wesley dice: «Mientras oía el evangelio, por primera vez en mi vida (predicado como debe serlo), un calor ardiente invadió mi corazón, y esa noche nací de nuevo».

El avivamiento metodista cambió la historia de Inglaterra, y alcanzó a los Estados Unidos. Whitefield cruzó el Atlántico para predicar el evangelio del nuevo nacimiento. Ese era su énfasis: el evangelio no es solo un concepto mental o doctrinal, sino una vida nueva que Dios nos da desde el cielo y que nos transforma.

Significados del evangelio

En la Escritura hay muchas maneras de anunciar el evangelio, porque éste afecta a todas las dimensiones de la vida humana. Todas ellas tienen un común denominador, dado por la palabra «sustitución».

Todos nosotros teníamos que pelear una batalla contra enemigos invencibles. Recordemos a Goliat, ese gigante temible que desafía a los ejércitos de Israel. Esa es la condición de todo hombre. Somos acechados por el poder del pecado, la muerte y la condenación, gigantes invencibles.

Pero un joven llamado David, solo, lo enfrenta y lo vence por todo el pueblo. ¡Eso hizo Cristo por nosotros! Él derrotó las fuerzas del peca-

do, de Satanás y de la muerte, y nos dio su victoria a todos nosotros.

Hay otra manera en que la Escritura habla del evangelio. Nosotros teníamos una deuda impagable, por cuya causa habíamos terminado como esclavos. En la antigüedad, cuando alguien no podía pagar sus deudas, se vendía a sí mismo como esclavo. Pero el Señor vino, pagó nuestra deuda con su propia sangre y nos hizo libres. ¡Bendito es el Señor!

Otra forma en que la Biblia nos cuenta el evangelio: Nosotros éramos reos de muerte, porque habíamos pecado y ofendido al Dios santo. Solo merecíamos la justa ira de Dios. Pero, en la hora de la sentencia, de modo inconcebible, el mismo Juez se puso en pie, se despojó de su dignidad y descendió hasta nosotros, tomando nuestro lugar. La vara de la ira de Dios, con todo el peso del castigo por el pecado, cayó sobre él.

Cristo fue castigado por mí, para que yo fuese declarado justo y sin pecado. ¡Eso es el evangelio!

Un rico que se hizo pobre

El conde Zinzendorf, uno de los hombres más ricos de Alemania, fue usado por Dios para iniciar el avivamiento moravo, que después alcanzó a Juan Wesley. Zinzendorf fue tocado por el movimiento pietista, que en-

señaba la necesidad de un encuentro real y profundo con el Señor.

Zinzendorf se convirtió al Señor cuando tenía diez años. Un día, él fue de visita a un castillo donde se exhibía un cuadro famoso, que representaba a Cristo crucificado, a cuyos pies se leía esta frase: «Todo esto hice por ti. ¿Qué has hecho tú por mí?». El niño se detuvo ante el cuadro y permaneció horas allí en silenciosa contemplación, mientras su familia hacía otras cosas.

Después de esa experiencia, este hombre cambió para siempre. Más tarde, en sus propiedades, recibió a todos los refugiados que huían de las persecuciones religiosas en Europa, en una villa llamada Herrnhut. Allí se inició el avivamiento moravo.

Zinzendorf tenía grandes riquezas, pero cuando ya era anciano, los hermanos descubrieron que estaba en quiebra y reunieron una ofrenda para pagar sus deudas y sostenerlo hasta el fin de sus días. ¡Había gastado toda su fortuna por causa del evangelio de Jesucristo!

Esto nos recuerda lo que dice Pablo: «*Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico*» (2ª Cor. 8:9). Eso es el evangelio. ¡Cuán grande es la salvación que Dios nos dio!

Una fábrica de ídolos

Los hombres intentan hallar otras formas de salvación. En Romanos 1, Pablo habla de cómo los hombres detienen con injusticia el conocimiento de Dios, fabricando ídolos que sustituyen al Dios verdadero.

Isaías 44 nos muestra la figura de un hombre que va y corta un árbol en el bosque. Luego, usa parte del leño para hacer fuego, cocinar y calentarse, «y hace del sobrante un dios, un ídolo suyo; se postra delante de él, lo adora, y le ruega diciendo: *Librame, porque mi dios eres tú*» (v. 17). La condición del hombre es desesperante. «¿Quién me salvará?».

Usted puede llegar a ser su propio ídolo. Puede que haya sido salvo hace dos, cinco o diez años; pero luego empieza a poner su confianza en otras cosas: una vida moralmente recta, su estudio de la Escritura, su disciplina para buscar al Señor. Son cosas buenas, necesarias, pero se pueden convertir en ídolos, si reemplazan al Señor en el corazón.

El evangelio tiene que estar siendo predicado constantemente en la iglesia, porque los ídolos del corazón nos acechan día tras día. Aun el conocimiento bíblico o la doctrina correcta se pueden convertir en un ídolo que sustituya al Señor.

No es posible predicar el evangelio sin un corazón lleno de compasión por aquellos a quienes se predica.

La humanidad está amenazada por poderes que la superan completamente. La enfermedad, la guerra, el hambre, las catástrofes naturales. Pero los hombres, en lugar de buscar al único que puede salvarlos, acuden a sus ídolos. Por eso, el primer mandamiento divino es: «*No tendrás dioses ajenos delante de mí*» (Éx. 20:3). Con razón, Lutero afirmó: «El corazón humano es una fábrica de ídolos».

La salvación de Dios

En el cuadro final de la historia humana, en Apocalipsis 7, ¿qué proclama aquella multitud que representa a la iglesia procedente de todas las naciones? ¿Quién es el único que puede salvarnos eternamente? «*La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero*» (9-10). No hay salvación en nadie más.

Un ídolo es un dios falso. Es algo que puede ser bueno, pero que ponemos en el lugar de Dios y le damos toda nuestra confianza, esperando que le dé significado final a nuestra vida. Pero luego nos falla y nos destruye, porque *«la salvación pertenece a nuestro Dios»*.

La misión de la iglesia: ir

Esa es la historia del evangelio. Nosotros no fuimos a él, sino que él vino hasta donde estábamos perdidos. No fue la oveja perdida quien se acercó al Señor; sino que él fue, la encontró, la rescató y la puso sobre sus hombros.

Entonces, ¿debemos esperar que las personas busquen al Señor, o tenemos que ir por ellas? Podemos encerrarnos en nuestra comunión, para hablar del Señor y regocijarnos en él. Pero esas personas no oirán la palabra del evangelio. Por eso, el primer aspecto del evangelio es ir.

Jesús vino a una tierra lejana; cruzó la mayor distancia imaginable, aquella que separaba el cielo de la tierra (la santidad eterna de Dios, del pecado y la corrupción humana), para llegar hasta nosotros. Por eso Pablo dice: *«Me hago partícipe del evangelio; voy donde los que están perdidos, los que necesitan el evangelio. Yo voy, porque eso hizo Cristo por todos nosotros»*.

Identificación con el pecador

Cristo no solo vino a esta tierra, sino que se identificó con nosotros. No vino vestido de la gloria de su santidad. Él se hizo como uno de nosotros. Dios mismo tuvo ojos de carne, pasó sus días como los pasa el hombre, caminó por nuestras calles, usó nuestro lenguaje, vistió nuestra ropa y comió nuestra comida. Cristo se hizo como uno más entre nosotros.

Pablo dice: *«A todos me he hecho de todo»*. ¿Qué quiere decir con ello? Que, por causa del evangelio, él se ha identificado con la cultura de los hombres, en cuanto ésta no sea pecaminosa u ofensiva contra Dios.

En el siglo XIX, el Señor puso en el corazón del hermano Hudson Taylor que fuese a China a predicar el evangelio. El gobierno chino solo permitía a los misioneros predicar en las ciudades costeras, pero les impedía ingresar al interior del país. Los chinos miraban a los occidentales como una cultura inferior, en tanto que la suya era una cultura milenaria. No les interesaba oír el evangelio; además, a juicio de los chinos, los misioneros se vestían de una manera ridícula.

Hudson Taylor llegó a China, y viendo que nadie escuchaba, decidió cambiar de estrategia. El Señor le mostró que debía hacerse chino para llegar a ellos. Él cambió su ropa

occidental por una túnica especial, propia de un maestro chino. Así, la gente identificaba a los maestros, y los oía. Y no solo eso, sino que los maestros, como señal de dignidad, usaban una trenza larga. Entonces, Hudson Taylor se puso una trenza, y así salió. Como resultado, el interior de China se abrió para el evangelio. Producto de ello, surgió más tarde la obra de Watchman Nee.

Un mundo en crisis

El evangelio requiere que empaticemos con aquellos a los cuales predicamos. Hoy, el mundo ha cambiado. La sociedad no es la misma de hace aún unos veinte o treinta años atrás. En Occidente, durante los últimos mil años, hubo una cultura semi cristiana dominante. Todos, cristianos y no cristianos, consideraban que las ideas y valores esenciales del cristianismo eran buenos y correctos.

A principios del siglo XX, era posible encontrar un ateo que compartía los mismos ideales morales cristianos del matrimonio, de la familia, de la vida honesta. Durante mil años, la civilización occidental se levantó sobre los pilares de la cosmovisión judeocristiana. En muchos sentidos, la historia y la conducta de las naciones no eran cristianas; pero compartían una cosmovisión cristiana del mundo.

Una cosmovisión es una visión de lo que es correcto y cuenta como realidad en una cultura. Pero, en Francia, en los siglos XVII y XVIII surgió el Iluminismo o Racionalismo, que cuestionó radicalmente la cosmovisión cristiana del mundo. En sus inicios, este movimiento alcanzó solo a una élite intelectual, mientras la gran masa del pueblo siguió viviendo según los valores cristianos.

Cuando Dios es excluido

Ese fue el comienzo de una cosmovisión secular, que excluye a Dios de la vida humana, relativiza por completo los valores morales y los convierte en asunto de preferencias, sentimientos y emociones subjetivas. Ya no hay verdades absolutas, salvo aquellas que la razón humana comprueba a través de la ciencia.

G.K. Chesterton dice que, cuando las personas dejan de creer en Dios, no significa que no crean en nada, sino que están dispuestas a creer en cualquier cosa. El corazón del hombre es religioso, porque fue hecho para Dios. Cuando ya no creemos en él, buscamos un sustituto, que nos dé sentido y valor, y que salve la vida humana. Los intelectuales de aquel tiempo pensaron que podían reemplazar a Dios por la razón. La razón traería prosperidad, justicia y paz; ella salvaría a la raza humana.

Esto tuvo consecuencias desastrosas. En el siglo XX, esa visión se filtró desde la élite hacia los campos de la educación, las leyes, la política, el gobierno, los medios, en todo el mundo occidental. Esta visión secularizada excluye a Dios de la vida humana pública y convierte a la fe en un asunto meramente privado. Los cambios culturales son lentos; ocurren a través de muchos años. Y hoy estamos sintiendo el efecto de este cambio gigantesco en la historia humana.

Cuando los apóstoles salieron a predicar el evangelio a los gentiles, se encontraron con un mundo que, en muchos sentidos, se parece al actual. Una cultura gobernada por ideas que no tenían nada que ver con el evangelio. Era necesario predicar a gente que nunca había oído siquiera que existiera un solo Dios. ¿Cómo hablar a alguien que no cree, y que, mucho menos entendería algo sobre Cristo? El mundo actual se parece a aquel antiguo, porque hoy muchas personas ya no comparten la visión cristiana.

Hace unos 30 años, cuando algunos comenzamos a predicar el evangelio, ¿cuál era el énfasis de nuestro mensaje? En esos días, la mayoría creía que hay un Dios, que existe el pecado, y, en consecuencia, había que decirles que no era por sus

obras que podrían ser salvos, sino solo por la fe en Cristo. Si se les decía: «Si tú crees en él, serás un hijo de Dios», respondían: «¡Pero si todos somos hijos de Dios!». Sin embargo, hoy nadie más diría algo así.

Un nuevo escenario

Hoy predicamos a un mundo que no tiene noción de Dios, ni de la Escritura, ni comparte nuestra cosmovisión. ¿Cómo hablarles? En las redes sociales se puede comprobar cómo muchos cristianos están asustados, porque no vieron venir el cambio.

De pronto, una ola gigante de transformación cultural y moral, como un tsunami devastador, se nos vino encima y no sabemos qué hacer.

Una generación entera de jóvenes, los llamados *millennials*, de 30 años hacia abajo, piensan de la vida y del mundo con ideas totalmente distintas, inculcadas por muchos años en colegios, universidades, y medios de comunicación altamente secularizados. Entonces, ¿qué puede hacer la iglesia? Veamos qué hizo el apóstol Pablo en un contexto similar.

Pablo en Atenas

Pablo llegó a Atenas, a un mundo que era en muchos sentidos como el nuestro. Él quiso identificarse con el evangelio y se esforzó por conectar con la cultura de sus oyentes.

«*Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardeció viendo la ciudad entregada a la idolatría*» (Hech. 17:16). Este es un problema antiguo. ¿Cuáles son los dioses falsos de nuestra cultura actual? Las personas creen hoy, por ejemplo, que vivir de acuerdo a sus propios sentimientos o sus deseos, libres de restricciones, los salvará.

«*Así que discutía en la sinagoga con los judíos y piadosos, y en la plaza cada día con los que concurrían*» (v. 17). He aquí algo importante sobre cómo predicar el evangelio, porque una de las actitudes de la iglesia, a lo largo de la historia, ha sido esconderse ante el peligro o la amenaza.

«*Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder*» (Mat. 5:14). Entonces, ¿por qué queremos escondernos? El Señor quiere que la luz del evangelio, que él le dio a la iglesia, alumbré a todos los hombres.

Pablo fue a la plaza pública. No se trata la plaza de hoy día, donde vemos tan poca actividad. Era el ágora, el lugar central de la vida urbana. Allí se hacían los negocios, se administraba la justicia, se oían las noticias importantes.

La manera de comunicar las ideas era ir allí y vocearlas. Pablo no tuvo miedo. Allí estaban los intelectua-

les que dominaban el pensamiento de la época, y les habló del evangelio de Cristo. ¡Porque, tanto ayer como hoy, sigue siendo verdad que el único que salva es el Señor!

Conociendo a los hombres

«*Pablo discutía*». Aquí, discutir no es gritar más fuerte para ver quién tiene la razón. No, porque así se puede ganar una discusión y perder a la persona con la que se discute. Pablo «razonaba con argumentos», según el vocablo griego que se usa aquí. Él iba preparado.

A veces tenemos la idea de que, para predicar, lo único que debemos hacer es anunciar mecánicamente el evangelio: «Usted es un pecador; necesita arrepentirse. El Señor Jesús murió por usted; crea, y será salvo». Pero, esto no es suficiente para que las personas crean. Pablo argumentó con razones comprensibles y plausibles para sus oyentes, porque primero se dio el trabajo de entenderlos bien.

Esta es una tarea fundamental, que la iglesia no ha considerado. Es por eso que la ola nos golpea de frente. Todo este proceso de secularización acelerado nos asusta, porque no lo entendemos. Sin embargo, los creyentes deberíamos entender a los no creyentes aun mejor de lo que ellos se entienden a sí mismos.

El Señor sabía lo que había en el corazón de los hombres. Así también Pablo; él predicaba a los judíos con las Escrituras, y cuando hablaba a los griegos, los entendía. Conocía sus debilidades, pero también los anhelos más profundos de sus corazones.

¿Qué es lo que buscaban los griegos sobre todas las cosas? ¿Cómo creían ellos que se salvarían a sí mismos? Su ídolo era la sabiduría. Por eso inventaron la filosofía, que es el amor a la sabiduría. Ellos creían que el conocimiento filosófico los salvaría, poniéndolos por encima los avatares y las tragedias de la vida humana. Por ello, Pablo escribe: «*Los griegos buscan sabiduría*» (1 Cor. 1:22). Él entendía a aquellos a quienes estaba hablando, y les anunciaba a Cristo, la verdadera sabiduría de Dios que salva a los hombres.

La actitud del mensajero

En primer lugar, Pablo empatizó con los griegos. A veces, nosotros predicamos el evangelio, pero como molestos con los no creyentes, sin esforzarnos por entenderlos, pero rápidos en condenarlos. Anunciar el evangelio requiere identificarse con aquel a quien se habla; claro que sin hacerse parte de sus pecados.

Cuando Pablo vio la ciudad entregada a la idolatría, «*su espíritu se enardecía*». Esto no significa solo indig-

narse. Enardecerse es asumir el celo del Señor, pero al mismo tiempo llenarse de compasión. No es posible predicar el evangelio sin un corazón lleno de compasión por aquellos a quienes se predica.

«*Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos*» (Hech. 17:22). Lo primero que hace, es enfocar la atención en la religiosidad de ellos. Él había visto la ciudad entregada a la idolatría, pero no se los reprocha. Podría haberlo hecho, era verdad, pero allí habría terminado su mensaje. Pero Pablo va a lo que está detrás, al anhelo profundo de cada ser humano por ser salvo.

Necesidades del hombre

El trasfondo de esto es algo que tiene que ver con la manera en que Dios nos diseñó. Todos nosotros necesitamos ser amados. Y lo único que puede darnos real aceptación para siempre es el evangelio. Por una parte, éste nos dice que somos más pecadores y corruptos de lo que jamás nos atrevimos a pensar; pero también nos dice que somos más amados de lo que jamás pudimos soñar.

Somos amados por el Ser más importante del universo. ¿No puede esto curar para siempre toda duda

del corazón humano? ¿No puede sanar esto la soledad y el sentimiento de rechazo más grande? El evangelio puede salvar mucho más allá de lo que cualquier ley moral pueda hacer por los hombres.

Pablo quiso decirles: «Ustedes buscan mal en sus ídolos, pero hay algo allí. Ese Dios no conocido que ustedes buscan, y no encuentran, no es un ídolo, sino el único Dios que creó todo lo que existe. Ese Dios que les anuncio, les ama. Él es quien trae salvación eterna en su Hijo Jesucristo». Y ese evangelio capturó de tal manera el corazón del mundo antiguo que, después de varios siglos, se convirtió a Cristo.

Dimensiones del mensaje

¿Qué tenemos que decir al mundo? Lo mismo que se dijo hace dos mil años. Pero debemos cuidar de decirlo de manera que las personas entiendan exactamente lo que estamos diciendo, y no otra cosa.

Por eso, cuando predicamos el evangelio, como lo hacía Pablo, en primer lugar, este tiene que ser inteligible. Las personas deben entender lo que hablamos. ¿Y cómo se puede hacer esto? Como Jesús, hablando un lenguaje que todos comprendan. Usted puede usar un lenguaje teológico, pero aquellos que están afue-

ra no entienden ese lenguaje. El evangelio debe ser predicado a sabios y a no sabios; Esto es, debe ser entendido por el más sabio y también por el más ignorante, porque el evangelio es para todos.

En segundo lugar, el mensaje tiene que ser creíble. Tenemos que predicar de manera de remover todos los obstáculos, las ideas y las fortalezas que se oponen al evangelio en la mente y el corazón de los hombres.

Además, tiene que ser plausible en el contexto de vida de las personas. No debe sonar a algo extraño, sino que debe conectarse con las necesidades más profundas de la cultura y el alma humana.

Finalmente, el evangelio tiene que ser visible en sus consecuencias. Ya no es suficiente que prediquemos el evangelio y nos desentendamos de sus resultados. El mundo necesita ver las consecuencias del evangelio en la vida de la iglesia: qué significa ser salvos y cómo el ser salvos nos transforma en algo mejor. Fuimos llamados a ser columna y baluarte de la verdad. El evangelio es la verdad que tenemos, pero la columna que lo levanta y lo hace visible es la iglesia. Que el Señor nos ayude. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile) en Agosto de 2017.

TEMA DE PORTADA

A través del dolor, Dios operó en Job una mudanza de cautiverio.



Sufrimiento y filiación

Romeu Bornelli



Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal ... y era aquel varón más grande que todos los orientales ... De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza”.

– Job. 1:1-3; 42:5-6.

Los primeros libros de cada sección del Antiguo Testamento son libros fundamentales. Génesis es el libro básico en el Pentateuco; Josué, en la sección histórica; Job, en la sección poética, e Isaías, en la sección profética. Estos primeros libros contienen todos los conceptos de los restantes, las semillas o verdades más esenciales.

En la sección poética, tenemos a Job como el libro básico. Sin Job, no tendríamos Salmos, no tendríamos alabanza y adoración. ¿Cuál es la lección clave en este libro? A menudo, en los estudios sobre Job, vemos: «el problema del sufrimiento», «el sufrimiento del inocente», y cosas afines. Pero ese no es el tema. El problema del sufrimiento del justo es mencionado aquí, pero ésa no es la clave.

La clave del libro de Job está en una palabra: Filiación. El propósito de Dios al obrar en Job era una plena filiación o madurez espiritual. Si nos perdemos en los sufrimientos –aun en el sufrimiento del justo– no entenderemos. Lo que Dios obra aquí es lo que él hace en las vidas de aquellos que pertenecen a él.

La filiación

Job es el mayor poema de la Biblia. Si la esencia del libro fuese el sufrimiento, no habría cuarenta capítulos de poesía. El énfasis es la plena filiación. ¿Cómo Dios puede escribir tal poema? Los ojos naturales ven sufrimiento tras sufrimiento; mas, los ojos espirituales ven filiación y madurez espiritual, *«el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús»* (Flp. 3:14).

La palabra que Pablo usa aquí para *«supremo»*, significa *ascensional*. Al final de su trabajo en Job, Dios le habla en medio de un torbellino. El torbellino siempre actúa desde abajo hacia arriba; elevando algo a un nivel superior. Por eso, Dios habló con Job desde un torbellino.

Los dos primeros capítulos del libro son prosa narrativa. A partir del capítulo 3, comienza la poesía. El escrito es poético hasta Job 42:5-6, que dice: *«De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tan-*

to me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza». Aquí termina la sección poética. Al final, desde 42:7, hay otra sección breve en prosa, que narra lo que pasó después con la vida de Job.

La gran lección en el libro de Job, la filiación, es que Dios hará una mudanza de cautiverio en Job, y esto es central en el libro. Job vivía en el cautiverio del yo; y él sería trasladado al cautiverio de Cristo. Una mudanza drástica, un cambio profundo en el corazón; por eso, Dios actuó de esa forma en la vida de Job.

«Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús...» (Ef. 2:10). La palabra *«hechura»*, en griego, es *poiema*. Nosotros somos poema de Dios. Dios está escribiendo su poema, obrando en la vida de su pueblo, para que seamos su obra maestra. Este es el tema del libro de Job.

La división en el libro de Job sigue una serie de discursos. La sección poética comienza en el versículo 3:1, y va en ascenso hasta el versículo 11:20. Esta es la primera serie de discursos.

Los amigos de Job y las esferas del alma

Job tiene tres amigos. Diríamos que, con esos amigos, nadie necesita de enemigos. Cada uno de ellos repre-

senta una esfera del alma. Primero habla Elifaz. Sin duda, él representa las emociones. Él es todo emocional, y analiza el sufrimiento de Job en forma emocional.

«El asunto también me era a mí oculto; mas mi oído ha percibido algo de ello. En imaginaciones de visiones nocturnas, cuando el sueño cae sobre los hombres, me sobrevino un espanto y un temblor, que estremeció todos mis huesos; y al pasar un espíritu por delante de mí, hizo que se erizara el pelo de mi cuerpo. Paróse delante de mis ojos un fantasma, cuyo rostro yo no conocí, y quedo, oí que decía: ¿Será el hombre más justo que Dios? ¿Será el varón más limpio que el que lo hizo?» (Job 4:12-17).

Noten el lenguaje de Elifaz. *«Al pasar un espíritu por delante de mí, hizo que se erizara el pelo de mi cuerpo»*. Es un lenguaje emocional. Cuando interpreta los sufrimientos de Job, por ser él tan emocional, toca las emociones de Job, y éstas quedan todas perturbadas. ¿Por qué? Porque Job está sufriendo, él no sabe por qué, y necesita descubrir la causa de su sufrimiento.

«Su hacienda era siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas, y muchísimos criados; y era aquel varón

más grande que todos los orientales» (Job 1:3). Job era el mayor del oriente, y Dios mismo da un quíntuple testimonio sobre él. *«Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?» (1:8).* Una vida maravillosa. Ese es el testimonio de Dios.

Pero había un problema con Job, que él mismo desconocía. Él era cautivo de su belleza, de su justicia propia y de su gloria propia. ¡Ninguno hay como Job! Se dice que, cuando él iba a las plazas, los jóvenes se retiraban, los príncipes ponían la mano en sus bocas, porque Job era el mayor de los orientales. Él producía espanto en la vida de los demás. Entonces Dios obrará en su vida, para llevarlo a un nivel que él no conocía, de relación e intimidad con Dios, y también a una visión de sí mismo.

Cuando Job entra en el sufrimiento, sus tres amigos lo visitan. Se dice que ellos expresaban lo máximo de la sabiduría humana, y así ellos abordan a Job. Después de Elifaz, que tipifica las emociones, habla Bildad (capítulo 8). Bildad es racional; él tipifica la mente, e intenta ayudar razonando sobre los sufrimientos de Job, buscando su interpretación en

la mente y los pensamientos, de Job. Pero Job no halla respuesta. Job dirá que Bildad está errado, porque él es justo, íntegro y santo; luego, las razones de Bildad no corresponden. Mas, lo importante aquí es que él logra agudizar la mente de Job.

En el capítulo 11, habla Zofar, arbitrario e impaciente. Él representa la voluntad. En la última de las tres series de discursos, Zofar ni siquiera habla; ya perdió la paciencia con Job.

El propósito de Dios

Emociones, mente y voluntad, son las facultades de nuestra alma. Cuando viene el sufrimiento, lo primero que habla es nuestra alma. De alguna manera, buscamos una respuesta emocional, o racional, o en el terreno de la voluntad, de las decisiones. Pero el propósito de Dios es usar los sufrimientos con un objetivo mucho mayor: aquello que Job llama al final del libro: «*Ahora mis ojos te ven*». ¡Visión de Dios!

Sin embargo, hay una contraparte: «*Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza*» (42:6). La palabra «aborrecer», usada aquí, es una palabra específica en hebreo, que siempre es usada en relación con la adoración de ídolos. En el libro de Samuel está escrito que la idolatría es abominación a los ojos del Señor.

Cuando Job dice que se abomina, en otras palabras, está diciendo: «Yo era mi propio ídolo. Yo me adoraba, como aquel que mantiene un espejo delante de su rostro todo el día». «Yo soy justo, recto, íntegro, temeroso de Dios y apartado del mal». ¡Ese era Job! Todo el día, Job estaba con un espejo ante él, contemplándose. Entonces, Dios usó los sufrimientos para quebrar aquel espejo.

Cada vez que Dios trabaja en nosotros, él es soberano en el arreglo de las circunstancias. No estamos en las manos del destino o de la suerte, sino en las manos del Señor. Entonces él usa todas las situaciones para operar en nuestras vidas. ¿Cuál es su propósito? Una filiación plena, un cambio de cautiverio: del cautiverio del ego al cautiverio de Cristo. Esta mudanza es muy profunda.

Job entró en un proceso de enfermedad. Se nombran al menos quince síntomas de sus males: heridas en todo el cuerpo, fiebre, piel reseca, etc. Este proceso duró unos seis meses. Dios estaba escribiendo su poema. ¡Qué misterio maravilloso!

El poema se desarrolla en la primera serie (3:1 al 11:20). Luego una segunda serie (12:1 al 20:29), y una tercera (21:1 al 28:28). Así llegamos a los «discursos de desafío» de Job. Lo que está ocurriendo aquí es que

Job no conocía a Dios adecuadamente, y, por tanto, él no se conocía a sí mismo adecuadamente.

Autoglorificación, autocompasión y autojustificación

Job 29 es el capítulo de la autoglorificación. Después que el alma de Job fue tan estimulada, él ya está cansado, sufriendo tanto, que hará sus discursos de desafío. Su hablar nos recuerda a un abogado, porque él dice: «Ya he encaminado mi causa, y que el Todopoderoso se defienda». ¡Impresionante!

Job cree estar en un tribunal humano, y acusa a Dios, diciendo: «Mi causa es segura, muy firme, muy fuerte. Yo soy justo, íntegro y recto; apartado del mal, temeroso de Dios. Entonces, que el Todopoderoso se defienda». El problema de Job era que Dios no descendía a aquel tribunal. A menudo, en nuestros sufrimientos, Dios nos responde con silencio, y éste es ensordecedor, porque nuestras emociones, nuestra mente y voluntad están revolucionadas. No sabemos explicarlo. Y Dios está callado.

Cuando Eliú comienza a hablar, representa la voz del Espíritu Santo. ¿Por qué él fue el último en hablar? Porque era el más joven. En el oriente, sería imposible que los jóvenes hablaran antes que los viejos.

Cuando sufrimos, primero hablan las facultades del alma: emociones, pensamientos y voluntad. Esto nos acontece siempre, porque nuestro viejo hombre es más antiguo que el nuevo hombre. Entonces el viejo habla primero, y el nuevo al final. Pero cuando el Espíritu Santo viene y nos interpela, nuestra boca calla.

¿Saben cuál es una de las frases más bellas del libro de Job? «*Aquí terminan las palabras de Job*» (Job 31:40). Esa es una bella frase. Ahora su boca está cerrada; Job está agotado; sus emociones ya no responden a nada, su mente no consigue aquietarse. Él ya expuso su causa y su defensa; pero Dios no dice nada, no se manifiesta. Job está en el fin de sí mismo. Su boca calla, pero su corazón está bien vivo.

Los capítulos 29 al 31 son la cima del egocentrismo. Job 29 es el capítulo de la autoglorificación. Job sufrió, y su ego se fue inflando e inflando. Él no se contenía, y entonces habla delante de Dios: «*Volvió Job a reanudar su discurso, y dijo: ¡Quién me volviese como en los meses pasados, como en los días en que Dios me guardaba, cuando hacía resplandecer sobre mi cabeza su lámpara, a cuya luz yo caminaba en la oscuridad; como fui en los días de mi juventud, cuando el favor de Dios velaba sobre mi tienda; cuando aún*

estaba conmigo el Omnipotente, y mis hijos alrededor de mí» (29:1-5).

«Dios me guardaba (pasado)... hacía resplandecer sobre mi cabeza su lámpara (pasado)... en los días de mi juventud... el favor de Dios velaba sobre mi tienda». ¿Cómo hace Dios esta lectura? «Dios me está persiguiendo».

El nombre *Job* tiene dos significados: «Perseguido», y «Volviendo siempre a Dios». Por un lado, él es perseguido, y por el otro, es aquel que siempre se vuelve a Dios.

Pero, antes que *Job* se vuelva a Dios, él se vuelve a sí mismo. «*Los oídos que me oían me llamaban bienaventurado, y los ojos que me veían me daban testimonio» (v. 11). «Me vestía de justicia, y ella me cubría; como*

está sobre mi tienda». Esa era la evaluación de *Job*, pero no de Dios.

Todo el capítulo 30 es el capítulo de la autocompasión. Vean cuán osado era *Job*. «*Pero ahora se ríen de mí los más jóvenes que yo, a cuyos padres yo desdeñara poner con los perros de mi ganado» (30:1).* Está diciendo que él es infinitamente mejor que ellos.

«Se han revuelto turbaciones sobre mí; combatieron como viento mi honor, y mi prosperidad pasó como nube» (v. 15). «Él me derribó en el lodo, y soy semejante al polvo y a la ceniza» (v. 19). «Te has vuelto cruel para mí; con el poder de tu mano me persigues. Me alzaste sobre el viento, me hiciste cabalgar en él, y disolviste mi sustancia» (v. 21-22).

Job no conocía a Dios adecuadamente, y, por tanto, él no se conocía a sí mismo adecuadamente.

manto y diadema era mi rectitud» (v. 14). «Me oían, y esperaban, y callaban a mi consejo» (v. 21). «Tras mi palabra no replicaban, y mi razón destilaba sobre ellos» (v. 22). Todo este capítulo es autoglorificación. *Job* habla todo el tiempo sobre sí mismo, y la gloria que él tenía. «Pero la amistad de Dios ya no

Cuando Simón dice: «*Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca» (Mat. 16:22), ¿qué buscaba Satanás detrás de la mente de Simón? Llevar el corazón del Señor Jesús a la autocompasión. La autocompasión es maligna. Cada vez que estamos sufriendo, tenemos tendencia a mostrar a todos: «Mi-*

ren cómo estoy sufriendo, cómo estoy necesitado; todos oren por mí». Nuestro egocentrismo es tan agudo.

Y el capítulo 31 es el capítulo de la autojustificación. Job dirá que ninguna viuda dejó de ser cuidada por él, ningún huérfano pasó hambre a su puerta. Él se autojustifica, en el clímax del ego. Autoglorificación, autocompasión y autojustificación. Así, llegamos a esta frase especial: *«En lugar de trigo me nazcan abrojos, y espinos en lugar de cebada. Aquí terminan las palabras de Job»* (Job 31:40).

La voz del Espíritu Santo

En el capítulo 32, Eliú, figura del Espíritu Santo, comienza su discurso. *«Para que no digáis: Nosotros hemos hallado sabiduría; lo vence Dios, no el hombre»* (32:13). *«Porque lleno estoy de palabras, y me apremia el espíritu dentro de mí»* (v. 18). Eliú prosigue hasta el capítulo 37.

«Sin embargo, en una o en dos maneras habla Dios; pero el hombre no entiende. Por sueño, en visión nocturna, cuando el sueño cae sobre los hombres, cuando se adormecen sobre el lecho, entonces revela al oído de los hombres, y les señala su consejo, para quitar al hombre de su obra, y apartar del varón la soberbia» (Job 33:14-17).

Soberbia, es una palabra clave. Dios estaba tratando con Job, y éste es el gran motivo: la soberbia. La soberbia son aquellos ojos que miran hacia adentro. «Yo soy justo, soy íntegro, soy recto; yo temo a Dios, me desvíó del mal. Yo, yo y yo...». Tal es la soberbia, un pecado tan sutil, que camina paso a paso con nuestro crecimiento espiritual. Esa es la tragedia de la soberbia.

La soberbia

Cuando nosotros estamos creciendo espiritualmente, la soberbia nunca dejará de caminar a nuestro lado y ella nos dirá: «Tú estás creciendo, estás madurando, te estás volviendo más santo, tú, tú y tú». La soberbia es muy sutil, porque acompaña aun nuestro crecimiento espiritual. Entonces, ¿cuál es nuestra oportunidad de libertarnos?

¿Recuerdan cuando David dejó Jerusalén y fue al desierto? Absalón se rebeló contra él y tomó el trono, y David se retiró al desierto. Él era el ungido de Dios, el rey conforme al corazón de Dios. David sale al desierto de Judá, cuando un descendiente de Saúl, llamado Simei, se coloca al lado de la caravana, y va maldiciendo a David, diciéndole: *«¡Fuera, fuera, hombre sanguinario y perverso!»* (2 Sam. 16:7).

Un general de David no se conforma con esto: *«¿Por qué maldice este perro muerto a mi señor el rey? Te ruego que me dejes pasar, y le quitaré la cabeza. Y el rey respondió: ¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia? Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David ... Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho»* (16:9-11).

De la misma manera, la soberbia camina junto al corazón. El general daba oídos a Simei, pero no David. Si la soberbia camina a nuestro lado, no debemos darle oídos. No estamos volviéndonos mejores: Cristo va siendo formado en nosotros; es la vida de Cristo, es la gloria de Cristo.

Un secreto de la madurez cristiana es percibir que nuestros valores, nuestros recursos, todo aquello que requerimos, no está exactamente en nosotros, sino en Cristo, y él está en nosotros. Si trasladamos los valores suyos a nosotros, vamos por un camino peligroso. Nos gloriaremos en cosas que no son nuestras, son de Cristo, seguirán siendo de él, y siempre serán de él.

Una trompeta de Dios

Job no aprendió esta lección; entonces Dios trató con él. Dios puso su mano en Job, porque éste era soberbio. *«Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la*

altivez de espíritu» (Prov. 16:18). Hay una luz al final del túnel. Dios es bueno y misericordioso. Sabiendo que nuestra soberbia nos arruinará, él pone su mano en nosotros.

C.S. Lewis, un siervo del Señor del siglo pasado, dijo: «El sufrimiento es una trompeta de Dios para despertar un mundo sordo». En nuestra vida cristiana, Dios tiene una trompeta, el sufrimiento, y la va a usar para despertar nuestros corazones, para que no seamos muertos por la soberbia, para que no vivamos una vida cautiva al ego, porque la soberbia precede a la ruina, y la altivez de espíritu, a la caída.

Ese es el motivo del sufrimiento de Job. El énfasis no es el sufrimiento del justo. No. Es el propósito de Dios, una filiación plena, que nos lleva, de un nivel del conocimiento de Dios, a otro nivel más alto.

¿Cómo Dios hace esto? Mediante tres series de discursos, toda el alma de Job es agitada; él no sabe más que lo que siente, no sabe más que lo que piensa, no sabe explicar nada más. Entonces, todo lo que él tiene que decir es sobre su tesoro. La boca habla de lo que está lleno el corazón. Job estaba lleno de sí mismo, entonces habla de sí mismo, se autoglorifica, tiene autocompasión y se autojustifica.

Las preguntas de Dios a Job

Tras los discursos de Eliú, llegamos a la voz de Dios, capítulo 38. «Entonces respondió Jehová a Job desde un torbellino y dijo: ¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?». ¡Qué bella pregunta! Dios dice que Job no conoce nada de lo que Dios está haciendo con él. Luego, Dios hace un cuestionario para Job, con preguntas maravillosas. Vean el capítulo 39.

«¿Sabes tú el tiempo en que paren las cabras monteses o miraste tú las ciervas cuando están pariendo? ... ¿Quién echó libre al asno montés y quién soltó sus ataduras? ... ¿Que-rrá el búfalo servirte a ti o quedar en tu pesebre?» (Job 39:1, 5, 9).

«¿Diste tú hermosas alas al pavo real, o alas y plumas al avestruz? El cual desampara en la tierra sus huevos, y sobre el polvo los calienta, y olvida que el pie los puede pisar, y que puede quebrarlos la bestia del campo. Se endurece para con sus hijos, como si no fuesen suyos, no temiendo que su trabajo haya sido en vano; porque le privó Dios de sabiduría, y no le dio inteligencia. Luego que se levanta en alto, se burla del caballo y de su jinete» (v. 13-18).

¡Qué impresionante! Dios se compara a sí mismo con un avestruz. El avestruz trata duramente a sus hi-

jos, pero carece de sabiduría, no tiene propósito ni entendimiento. Pero Dios, cuando trata a sus hijos, es pleno de sabiduría y de propósito.

Las preguntas que Dios hace a Job en este relato están llenas de significado. Resumiendo en pocas frases, podemos decir que la excelencia de la sabiduría, la excelencia del propósito, están en todo aquello que Dios hace. Dios actúa siempre con sabiduría y con propósito.

«Mi mano pongo sobre mi boca»

El discurso va hacia un final maravilloso. Dios habla con Job desde un torbellino, en dos fases. En la primera, Dios pone a Job cabeza abajo, y éste no tiene respuesta. «Además respondió Jehová a Job, y dijo: ¿Es sabiduría contender con el Omnipotente? El que disputa con Dios, responda a esto. Entonces respondió Job a Jehová, y dijo: He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca. Una vez hablé, mas no responderé; aun dos veces, mas no volveré a hablar» (Job 40:1-5).

Son maravillosas estas frases. Job no tenía qué responder. De alguna manera él está entendiendo que Dios, en su sabiduría y propósito, está lidiando con él. Así, la primera fase de la interlocución con Dios termina, y Job pone su mano en su boca.

La frase «Yo soy vil», es tan diferente a otras que Job había hablado. Antes, él afirmaba ser íntegro. «Estoy limpio y sin transgresión, yo soy puro y no tengo iniquidad» (33:9). «Job ha dicho: Yo soy justo y Dios me ha quitado mi derecho» (34:5). «¿Piensas que es cosa recta lo que has dicho: Más justo soy yo que Dios?» (35:2). Ese era el pensamiento de Job. Pero ahora afirma: «He aquí que yo soy vil» (40:4).

Job estaba llegando al lugar donde Dios quería llevarlo. Aquí hay un misterio maravilloso. Dios podrá continuar hablando con Job, porque Job puso su mano en su boca. Quizá no tendríamos esta segunda fase, si Job no lo hubiese hecho.

«Respondió Jehová a Job desde el torbellino, y dijo» (40:6), la misma frase del capítulo 38. Son dos etapas, y, ¿qué hay en el medio? La confesión de Job: «Yo soy indigno; pongo mi mano en mi boca». Eso permitió a Dios continuar su obra en Job. ¡Qué importante lección! La manera cómo respondemos a los tratos de Dios, determinará si él continuará su obra con nosotros. Nuestra respuesta es muy importante.

Behemot y Leviatán

Estamos casi al final del libro, sin duda su parte más preciosa. Dios compara a Job con dos animales:

«He aquí ahora behemot, el cual hice como a ti» (40:15). «¿Sacarás tú al leviatán con anzuelo, o con cuerda que le echas en su lengua?»¹ (41:1). Aunque algunos piensan que behemot es un hipopótamo, parece más bien ser un rinoceronte, porque dice que Dios le proveyó de espada, aludiendo quizás al cuerno de este animal. Pero lo importante aquí es lo que Dios quiere enseñarle a Job.

Primero, el rinoceronte. Job 1:3 decía que Job era el mayor de los orientales. Nadie puede empujar y derribar un rinoceronte; es tan pesado (más de tres toneladas). «Sus huesos son fuertes como bronce, y sus miembros como barras de hierro» (40:18). Así era Job, tan firme en su propia justicia, en su gloria.

Aquí hay una expresión interesante: «He aquí ahora behemot, el cual hice como a ti», como diciendo: «Mira a este animal y te verás ti mismo, armado con una espada». Nadie se aproxima a él, afirmado en sus piernas, tan robusto, tan fuerte, tan lleno de vigor. Ése era Job.

La segunda pregunta es: «¿Sacarás tú al leviatán con anzuelo?» (41:1). Y: «No guardaré silencio sobre sus miembros, ni sobre sus fuerzas y la

¹ La versión en portugués, usada por el expositor, traduce *leviatán* como *cocodrilo*.

gracia de su disposición. ¿Quién descubrirá la delantera de su vestidura? ¿Quién se acercará a él con su freno doble? ¿Quién abrirá las puertas de su rostro? Las hileras de sus dientes espantan. La gloria de su vestido son escudos fuertes, cerrados entre sí estrechamente. El uno se junta con el otro, que viento no entra entre ellos. Pegado está el uno con el otro; están trabados entre sí, no se pueden apartar» (40:12-17).

«¿Quién descubrirá la delantera de su vestidura? ¿Quién se acercará a él con su freno doble?». Así como leviatán, Job tenía una doble coraza. Aquellas escamas son tan yuxtapuestas, que no entra ni siquiera el aire. Job era inquebrantable; ninguna lanza podía penetrar su coraza. Dios pregunta: «¿Quién puede sacar al cocodrilo? ¿Quién puede poner un anzuelo en su nariz?». Y, ¿cuál es la respuesta? Solo Dios mismo. Él lo sacaría y trataría con él, penetrando su coraza, su orgullo.

«De su grandeza tienen temor los fuertes, y a causa de su desfallecimiento hacen por purificarse» (41:25). «No hay sobre la tierra quien se le parezca; animal hecho exento de temor. Menosprecia toda cosa alta; es rey sobre todos los soberbios» (v. 33-34). Esa es la figura de Job; por eso Dios lo trató de esa manera.

Hacia la madurez espiritual

¿Cuál era el propósito de Dios? ¿Tiene él placer en el sufrimiento? No. Dios quiere conducir a sus hijos a la madurez, a un nivel de intimidad y de conocimiento de Dios que antes no teníamos. Entonces, al final del libro, capítulo 42, vemos un nuevo Job. Y, ¿qué es lo que este nuevo Job dice? Leamos:

«Respondió Job a Jehová, y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti. ¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:1-6).

El papel de Satanás

Cuando comienza el libro, en el capítulo 1, vemos claramente que, quien tocó la vida de Job, fue el diablo. Tras aquella conversación entre Dios y Satanás, Dios permitió que Job fuese alcanzado. Primero Job es tocado en todo lo que poseía, sus animales, sus hijos, y en una segunda fase, es tocado su cuerpo, y él sufre aquellas enfermedades.

En esa etapa de crisis, Job adora a Dios. Él permaneció firme en la crisis, pero falló en el proceso. Durante el proceso, él acusa a Dios. Pero Dios conoce todo sobre Job, sus pensamientos y emociones. Y Dios mantendrá su mano firme.

Aquellos a quienes les gusta pescar, saben que, si el pez muerde el anzuelo, a veces se puede tardar en sacarlo del agua. Y, ¿cuál es el secreto? Mantener la caña firme y dejar que el pez se canse.

Fue eso lo que Dios hizo con Job, cuando éste se debatía con sus ideas y sus sentimientos, Dios mantenía la caña firme, porque el anzuelo estaba puesto en la nariz del cocodrilo y no escaparía del Todopoderoso.

Aunque Satanás tocó la vida de Job, autorizado por Dios, Job no consideró eso. Él no dice: «Yo sé que todo lo puedes, y el diablo fue frustrado», sino: «Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti» (42:2), o «ninguno de tus planes puede ser frustrado». Job entiende que la acción del diablo estaba dentro del proyecto de Dios. Satanás no es autónomo, no actúa por voluntad propia; hay un único y soberano Señor, que rige todos los asuntos del universo.

¿Cómo lo comprendió Job? A causa de las preguntas de Dios. «¿Dónde

estabas tú cuando yo fundaba la tierra?». Preguntas como ésta muestran la sabiduría y soberanía de Dios. Ahora Job está claro: «*Ninguno de tus planes puede ser frustrado*».

Un corazón receptivo

«*Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás*» (42:4). Job no dice: «Te preguntaré, y tú me responderás». No está argumentando con Dios; ahora él tiene un corazón receptivo: «*Te preguntaré, y tú me enseñarás*». ¡Qué maravilla! Job ha mudado de cautiverio; antes, él preguntaba, y demandaba que Dios le diese respuesta. Cuanto más avanzamos en nuestra jornada cristiana, menos preguntas tenemos. Salmos 32:8 dice: «*Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos*». Esa es la promesa que tenemos.

«*De oídas te había oído*» (42:5). «Yo te conocía de segunda mano». Ah, jóvenes hermanos y hermanas, quisiera que ustedes fuesen alentados en este conocimiento del Señor. No es solo el Dios de sus padres – un conocimiento de segunda mano y un temor del Señor de segunda mano.

La tragedia en los días de los Jueces fue exactamente ésta: los ancianos que vivían en el tiempo de Josué conocían al Señor; pero luego se levantó otra generación que no cono-

cía al Señor, ni las obras del Señor a través de Josué. Entonces, no expulsaron a sus enemigos.

Como ya dijimos en un encuentro pasado, la primera generación recibe la revelación, pero la segunda solo tiene la tradición. Que no sea así con nosotros; que volvamos a la simplicidad y a la pureza de Cristo.

La intención del Señor al ganar a los padres, es que los hijos puedan ir mucho más allá; que la segunda generación vaya mucho más allá que la primera. Entonces, que el Señor nos anime en este camino.

Cambio de cautiverio

Finalmente, concluyendo el libro, dice: *«Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos»* (42:10). La expresión: «Quitó el Señor la aflicción de Job», tiene un sentido mucho más profundo: «Cambió Jehová el cautiverio de Job». Antes, él era cautivo de sí mismo; ahora es cautivo de Cristo. Y, ¿cuál es el resultado? Una doble porción. Ésta, en la Biblia es la porción del primogénito.

Job recibió una doble porción, porque, espiritualmente hablando, adquirió un derecho de primogenitura. Doble bendición. Si pusiésemos en una ecuación el libro de Job, ¿cuál sería ésta? Sufrimiento + la

palabra de Dios = madurez. No es solo el sufrimiento, ni solo la palabra de Dios, sino que el sufrimiento, más la palabra de Dios. Siempre el Señor operará así en nuestras vidas.

A causa de Job, tenemos los salmos: adoración, alabanza, cánticos. El libro de Job es el fundamento y los otros son la consecuencia. En Cantares, tenemos unión con Cristo. ¿Cuál es la llave de esta unión? Quebrantamiento; sufrimiento, más la palabra de Dios. Sin el libro de Job, no tenemos la realidad de Cantar de los Cantares.

Filiación y sacerdocio

Concluyendo, cuando el Señor se presentó resucitado por primera vez, la primera en verlo fue María Magdalena. *«Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios»* (Juan 20:17).

Cuando el Señor dice: *«Subo a mi Padre»*, este es el Padre eterno, que tiene comunión eterna con su único Hijo. Nadie más podía llamar, a Dios, Padre, solo el Hijo. Mas, ahora, él tiene un mensaje. Aquel que no conoció pecado, por nosotros fue hecho pecado. Él murió y resucitó. Ahora, él ahora puede decir: *«Ve a mis hermanos»*. Jesús nunca llamó

hermanos a sus discípulos. Solo discípulos, apóstoles, siervos, y aun amigos, pero nunca hermanos.

Ahora él puede decir: «*Y diles: subo a mi Padre...*». Esto es tan personal. Pero también: «*...y a vuestro Padre*». «*Subo a mi Dios...*», tan personal. Mas también: «*...y a vuestro Dios*». Aquí son puestas dos líneas de oro, que recorren la Biblia de Génesis hasta Apocalipsis, sin interrupción.

La primera línea es la filiación, el tema del libro de Job. «*Mi Padre y vuestro Padre*». Dios conduciría a Job a esta madurez, a esta vida de unión, a esta pertenencia. Y, ¿cuál era el problema de Dios con Job? Era Job mismo. Por eso, Dios trató con él. Esa es la filiación.

Luego: «*Mi Dios y vuestro Dios*». Esta es la línea del servicio, del sacerdocio, que va desde Génesis a Apocalipsis. Sus sacerdotes estarán con él y reinarán con él. Y habrá un tabernáculo celestial, y el Cordero es su lámpara: la gloria de Dios iluminará, «*y sus siervos le servirán y verán su rostro*».

En cuanto a la filiación, nosotros ya somos hijos, pero el propósito de Dios es que lo seamos plenamente, conformados a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Por eso, Dios opera así en nuestras vidas.

Cuando Dios nos mira, él ve a sus bebés, a quienes ama; mas, él no tiene placer en que sigamos siendo bebés. Él quiere llevarnos a participar con él, en aquello que él piensa, que él quiere, que él siente – ser compañeros de Dios.

Luego, el sacerdocio. ¿Cuál es la clave del servicio? La plena filiación. Si no crecemos en esta relación con Dios, ¿cómo vamos a servirle? ¿Con nuestras capacidades, con nuestras estrategias, con el equipamiento natural? No. El obrar de Dios siempre pasará por la Cruz, de gloria en gloria. Esto es el libro de Job.

El Señor continúe hablando a nuestros corazones. Amén.

Mensaje impartido en Santiago de Chile,
en abril de 2017

Dios de poder

Durante un temblor, los habitantes de una población se alarmaron mucho, y al mismo tiempo se sorprendieron al notar la calma y gozo de una mujer a la que conocían como creyente. Al fin, le preguntaron: «¿Tú no tienes miedo? ¿Por qué te ríes?». Ella contestó: «El tener un Dios que puede sacudir el mundo llena mi corazón de regocijo».

Tomando conciencia del real significado de la vida cristiana.



Viviendo en los lugares celestiales

Luiz Fontes

“

...y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús ... Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba ... Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo...”

– Ef. 2:6; Col. 3:1-3; Heb. 10:19-25

Estos tres pasajes se refieren a la vida cristiana en los lugares celestiales. Nuestro deseo es poder ver un poco más sobre lo que realmente es la iglesia, según cómo Dios la ve.

Si logramos tocar estas realidades, eso cambiará nuestra manera de ser y de vivir personal y también congregacional.

Una cuestión de fe

La iglesia no es religión ni filosofía, no es un grupo de pensadores o de personas que se comportan diferente a la sociedad. La iglesia es el cuerpo de Cristo. No es un asunto académico o un fruto del intelecto humano; es una cuestión de revelación, una cuestión de fe.

Y la fe no es algo que tú adquieres por ti mismo; es un don de Dios. Los seres humanos tenemos cinco sentidos, pero un cristiano tiene un sentido más: la fe. El incrédulo no sabe esto. Sin embargo, un cristiano, a través de «este sentido», logra contactar las esferas más elevadas, desde el punto de vista espiritual.

Este sentido llamado fe es el que nos hace percibir y experimentar a Dios, tocarle y sentir su presencia en nosotros. Por la fe disfrutamos la gloria celestial, aunque aún no en su plenitud. Podemos sentir un gozo anticipado. No hay nada en este mundo que se compare a esto.

¿Qué nos posibilita el tener esta experiencia? La fe. La fe no es algo pequeño. Nuestro Señor Jesús mismo es el autor de la fe. Cuando él fue a la cruz y murió en nuestro lugar, él llevó la fe a la esfera más alta. Entonces, la fe que tenemos es fruto de él, el Autor y consumidor de nuestra fe.

La fe nos es dada por Dios en Cristo Jesús. Nuestra salvación es por fe; nuestra justificación es por fe; nuestra santificación es por fe, y nuestra esperanza eterna es por fe. Nuestra vida cristiana, día a día, es por fe. Y la fe nos permite comprender lo que es la iglesia y también nuestra vida espiritual.

El vivir en la carne

Podemos ver la secuencia de los textos leídos como tres escalones de la vida cristiana. Al nacer de nuevo, tenemos una realidad celestial en nuestra vida, la cual cambia nuestra manera de ver todo: nuestro comportamiento en relación al mundo; nuestra manera de trabajar y de estudiar, de vivir el matrimonio y la familia, de lidiar con todas las cosas de la esfera terrenal. Muchos cristianos no se dan cuenta de esto, y viven su vida cristiana «en la carne».

Un ejemplo de alguien que rebajó su relación con Dios al nivel de la carne, es Abraham. Dios le había dado la promesa de la tierra y la promesa del hijo. Eso está en Génesis 15. Eso es algo espiritual, algo de profundo significado. Él tuvo una experiencia con Dios. En él, Dios tenía la simiente de una generación terrenal y de una generación celestial; la primera, tipificada por la arena del mar, es Israel; y la otra, las estrellas del cielo, es la iglesia, porque la esencia espiritual de la iglesia es celestial.

En Hechos 10, Pedro tuvo la visión de aquel lienzo. Aquella era una visión de la iglesia. Después de aquella experiencia, llegaron tres hombres a buscarlo. Dios había preparado todo. Entonces, cuando Pedro se reúne con ellos, el evangelio alcan-

za a los gentiles. La iglesia no era algo exclusivo de los judíos; ella incluye a todas las personas, pueblos, tribus, lenguas y naciones. ¿Cómo es posible esto? Porque es una obra celestial.

Hoy, nosotros estamos aquí como un testimonio vivo de eso. Dios prometió a Abraham que tendría una generación terrenal y también una generación celestial. Pero, (Gén. 16), Sara, su esposa toma la iniciativa y le hace una propuesta a Abraham hacia un camino que no era la plena voluntad de Dios.

Abraham engendró a Ismael. Ismael representa la mezcla de la fe con la carne. Es una práctica común entre los cristianos reducir la fe a un camino carnal. Tú pones fe, pero le añades tu fuerza. A menudo, los cristianos determinamos hacer alguna cosa y la buscamos a nuestra manera. O bien, primero tomamos una decisión, y después oramos. Eso no es fe; es mezclar la carne con la fe.

El camino de la fe

Cuando tú andas por fe, lo primero que buscas es el descanso. Sabes que Dios lo hará a su manera. Y si Dios no responde lo que pides, esa es la certeza de que Dios está en el control. A veces Dios no responde a lo que pedimos, para nuestro pro-

pio bien. Necesitamos aprender a recorrer el camino de la fe.

Efesios capítulo 2 comienza diciendo que nosotros estábamos muertos en nuestros delitos y pecados; en otro tiempo, andábamos según la corriente de este mundo y éramos por naturaleza hijos de ira. Y luego dice: *«Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)»* (6:4-5).

«...y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (v. 6). Observemos la frase: *«Juntamente con él nos resucitó»*. Aquí tenemos que aprender tres lecciones. Primero, el tiempo del verbo aquí es perfecto, y apunta a una acción completa, con resultados continuos, enfatizando un estado y condición permanente. ¿Qué significa esto? El hecho de que nosotros hayamos resucitado con Cristo es la mayor experiencia que alguien pueda tener. Esto es nuestra salvación.

No podemos pensar en la salvación meramente como una liberación del infierno. No es solo que nosotros hemos pecado y Dios nos perdonó. Esa es la manera religiosa de verlo. Nuestra salvación es mucho mayor

que eso; ella significa que tú y yo experimentamos todo aquello que Cristo realizó.

Pablo lo describe así: Cuando Cristo fue crucificado, nosotros fuimos crucificados con él; cuando Cristo murió, nosotros morimos con él; cuando Cristo fue sepultado, nosotros fuimos sepultados con él; cuando Cristo resucitó, nosotros resucitamos con él, y cuando Cristo ascendió, nosotros también fuimos en él en aquella ascensión. Esto es la salvación. Si esto no está claro para ti, procura recibir hoy a Cristo en tu vida, porque, a lo sumo, lo que tú tienes es una salvación religiosa.

La salvación es un cambio de estado y de posición. ¿Qué significa un cambio de estado? Nosotros estábamos muertos, pero ahora no, pues hemos sido incluidos en la resurrección de Cristo. Esto significa que la obra de Su resurrección está presente en nuestra vida.

Sabemos que en este cuerpo de carne tenemos deficiencias, pero fuimos resucitados con Cristo, y esta gran obra aún está siendo realizada en nuestras vidas. Primero fue la justificación. Ahora, Dios está trabajando en nosotros la santificación, y luego tendremos la glorificación, participando de la plenitud de su gloria eterna.

¿Logramos ver esa salvación? Primero, él nos libertó del imperio de las tinieblas. Hubo un cambio del estado en que nos hallábamos. Nuestra condición era de condenados; ahora es de justificados. Pero no es solo un cambio de estado, sino también un cambio de posición. ¿Qué posición es ésta? Pablo dice que nosotros éramos hijos de ira, y ahora somos hijos de Su amor. ¡Esta es nuestra salvación!

Aquí tenemos otro punto. Ese estado que nosotros tenemos ahora tiene condición permanente. Ésta no es una salvación simple. En el Antiguo Pacto, era necesaria cada año la ofrenda por la expiación. Pero en Hebreos 10 vemos que Cristo hizo una única ofrenda, y nos perdonó eternamente. Él está sentado ahora. ¿Por qué? Porque él descansa sobre el fundamento de su obra.

«Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Rom. 8:1). Esta salvación implica que fuimos librados de la potestad de las tinieblas, y trasladados al reino del Hijo de Dios (Col. 1:13).

La obra del enemigo

Satanás trabaja en la debilidad de nuestra carne. Aún estamos en este cuerpo de carne; somos limitados por ella, somos vulnerables. No lo

olvidemos. Nuestros *pecados* fueron perdonados; pero nuestro *pecado*, nuestra naturaleza, tiene que ser trabajada por la cruz, por la Palabra, por medio del Espíritu Santo operando en nosotros, convenciéndonos de pecado, de justicia y de juicio.

No olvidemos esto, porque muchos cristianos hoy tienen dificultades espirituales, y aunque han recibido al Señor en su vida, están en constante debilidad. No logran vivir la vida cristiana celestial; siempre están tratando con los mismos pecados. Esto es propio de la carne, pero eso no es la vida en el Espíritu.

Pablo llega a decir en Romanos 7 que es como si hubiese dos personas dentro de él, en una batalla interior. En Gálatas capítulo 5, nos muestra también esto, el contraste del andar en el Espíritu, y las obras de la carne. Somos confrontados todo el tiempo con esto. Pero, ¿qué puede ayudarnos? El caminar por fe. Porque la fe apunta hacia lo alto.

Tenemos una posición celestial. Si no vivimos esta realidad, aceptando las condiciones de la carne, seremos cada día más vulnerables ante Satanás. Es a través de la carne y del poder del mundo que él intenta seducirte y hacerte caer. Comienzas a ser un cristiano problemático, una piedra de tropiezo en medio de los

hermanos. Tu vida cristiana no fluye. Tienes dificultades con la Palabra, con la oración y con la llenura del Espíritu, dificultades para servir de manera consagrada. Tu vida está enredada. Pero, ¿qué ocurre? Satanás está ganando ventaja por causa de la ignorancia espiritual.

Resucitados con Cristo

El Señor nos libró de la potestad de las tinieblas, y la vida cristiana es la vida vivida en las esferas celestiales. La frase: «*Juntamente con él nos resucitó*», es una descripción grandiosa. ¡No podemos aceptar una vida que sea menos que eso! No le permitamos a Satanás engañarnos.

Este es un hecho inmutable: tú resucitaste con Cristo; tu vida es una vida celestial en la tierra. ¿Tiene limitaciones? Sí. ¿Tiene tribulaciones y dificultades? Sí. Sin embargo, tú ya no ves las cosas desde el punto de vista carnal, sino desde la perspectiva celestial. Ahí sabrás que todas las cosas cooperan juntamente, para que el supremo propósito de Dios se cumpla en tu vida. ¿Logras ver esta vida celestial?

«*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba*» (Col. 3:1). ¿Qué significa este «Si...»? Aquí hay una característica de alguien que resucitó. Aquel que participa de esta salvación tan grande tiene este

rasgo visible. No podemos decir que somos salvos si no estamos disfrutando de las glorias de la resurrección de Cristo.

La vida celestial

A pesar de nosotros, este asunto es inmutable. Esto es realidad. Una vida cristiana sin realidad espiritual no es vida cristiana, sino solo religión. No permitamos que el enemigo transforme nuestra vida en religión. «*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba*».

¿Qué significa buscar las cosas de arriba? Aquí hay dos puntos significativos. Primero, sí, debemos buscar las cosas de lo alto. Y segundo, debemos ver todo desde el punto de vista celestial. Nuestra perspectiva no es horizontal, sino celestial. Si miras hacia el frente, estás viendo según la esfera carnal.

Tal vez en tu vida conyugal, tú estás enfrentando una gran lucha y ya no tienes esperanza. Si es así, deja de mirar tu matrimonio desde el punto de vista natural. Tú lo estás considerando según tus emociones. Comienza a verlo no desde abajo hacia arriba, sino de arriba hacia abajo. ¿Por qué? Porque tú estás con Cristo en los lugares celestiales.

¿Por qué falló Abraham? ¿Por qué él mezcló la fe con la carne? Porque

miró hacia su condición, vio la vejez de Sara, y entonces tomó un camino errado. Dios le había dado el camino de la fe. El camino de la fe no es fácil: es imposible. Pero es allí cuando Dios actúa. No es un asunto de la carne o de fuerza humana; es algo donde solo Dios actúa.

Dios escoge ese camino «imposible» con el único propósito de que, en todas las cosas, nosotros tengamos comunión con él. Así empezarás a percibir que no son «las cosas», las bendiciones recibidas, lo que te hace feliz, más bien verás que, todo lo de real valor, tiene que ver con tu comunión con Dios, con la presencia de Dios y con la gloria de Dios. Entonces no te gloriarás en las bendiciones, ni te juzgarás como la persona más espiritual, porque el Señor mismo será siempre tu objetivo supremo. Esto cambia nuestra manera de andar y de vivir.

Un día entraremos en la plenitud de esta vida. Esta es nuestra esperanza viva. Nosotros no estamos esperando la sepultura; estamos esperando el reino de gloria, porque nuestro Señor venció a la muerte, venció al pecado, venció al mundo y venció al diablo. Él es nuestra victoria.

Nuestro culto racional

Necesitamos tener una mente celestial. Nuestra flaqueza no es solo

nuestro cuerpo, tan vulnerable al pecado; sino también nuestra mente, es allí donde se libran las grandes batallas espirituales. ¿Cómo tener una mente celestial? Pablo nos enseña: *«Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional»* (Rom. 12:1). Nuestro cuerpo consagrado es el culto racional.

El cuerpo es templo del Espíritu Santo. Tenemos que consagrar nuestro cuerpo, porque dentro de él tenemos nuestra alma (mente, emociones y voluntad) y nuestro espíritu (intuición, conciencia y comunión). Pablo dice que este es un culto consciente; él está hablando de estas facultades del alma y del espíritu. Eso

es el culto a Dios. El culto a Dios es mi vida. Dios no busca la adoración; él busca adoradores. Para él, ambas son una sola cosa. Lo que tiene valor para él no es lo que cantamos, sino nuestra vida.

Las formas del mundo

«No os conforméis a este siglo» (v. 2). La palabra *«conforméis»*, en el original, significa «encajar en una forma». Cuando nuestra vida no es un culto a Dios, aún estamos en la forma del mundo. No hay un tercer camino: o somos un templo, o somos moldeados por los patrones del mundo.

Muchas veces pensamos: ¿Por qué yo no tengo una vida celestial en la tierra? Aquí está la respuesta: porque estamos en la forma del mun-

A veces Dios no responde a lo que pedimos, para nuestro propio bien.

do. Pero si tú quieres tener una vida celestial en la tierra, tu cuerpo tiene que ser un culto para Dios. El mundo quedó atrás; aquella es la potestad de las tinieblas, de donde fuimos arrancados. Ahora nosotros estamos en el reino del Hijo de Dios. Esta es otra realidad.

es lo que debe ser un culto a Dios. Si no ofrecemos nuestra vida como un culto a Dios, poco importa lo que cantamos. Eso no hace diferencia. Si paso todo el día haciendo cosas abominables, pero llego a la reunión, me pongo una máscara de santidad y levanto mis manos para alabar a Dios, eso no está bien, porque el culto no comienza en el mo-

«No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la reno-

vación de vuestro entendimiento». Ahora, en Cristo, la mente es transformada; viene a ser una mente renovada. Una nueva mente, una nueva manera de pensar, de ver, de discernir. Esta es la mente de un cristiano espiritual, aquel que vive la vida cristiana elevada, no una vida cristiana superficial o mediocre.

Pese a todas las dificultades, este cristiano tiene una vida celestial. Aún en situaciones sumamente difíciles, cuando todo parece estar perdido, él lo considera todo desde una perspectiva celestial. Dios está en el control, él está trabajando; todo coopera para el bien de Su propósito. No es mi bien, es el bien de él; no es mi propósito, es el propósito de Dios. Eso lo cambia todo.

Ahora entendemos por qué aquellos primeros cristianos murieron por este evangelio, por esta causa. ¿Y cuál es nuestra causa? Nosotros no hemos llegado a morir por el evangelio, ni aun estamos consiguiendo vivir por él. Tenemos dificultades en la comunión, en la oración, dificultades con la palabra, dificultades con el Espíritu Santo, con los dones y con los frutos. Eso no es correcto. Entonces, ¿qué haremos?

Que hoy podamos tener la sinceridad de llegar delante de Dios y confesar nuestras faltas, diciendo: «Se-

ñor, tómame con tus manos y llévame a experimentar las esferas más altas de mi salvación. Sácame de esta periferia, ayúdame a vivir este evangelio, desde mi matrimonio, mi hogar, aun delante de todos los principados y potestades en los lugares celestiales».

«Porque habéis muerto...» (Col. 3:3). Esto tiene un contraste. Fuimos resucitados. ¿Y por qué fuimos resucitados? *«Porque habéis muerto»*. ¿Morimos para qué? Morimos para el pecado. *«Consideraos muertos para el pecado»* (Rom. 6:11). El pecado era nuestro amo; estábamos esclavizados por él. ¡Pero nuestro Señor venció al pecado!

Morir al pecado es también morir para el mundo. No permitas que el mundo tenga poder sobre tu vida; porque él te robará tu tiempo, perderás la presencia y el gozo del Espíritu y perderás la comunión con el Señor. Entonces, debes saber que tú moriste para el mundo, para el pecado y para la carne. Tú has resucitado con Cristo. Ya no le perteneces a la potestad de las tinieblas; eres un ciudadano celestial.

Escondidos con Cristo

«Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col. 1:3). ¡Qué hermosa declaración! Tomemos la fuerza de

esta frase. Tu vida está escondida con Cristo en Dios. Es maravilloso. ¡Cuánto poder hay en esta declaración! No hay nada que pueda aplastar tanto a Satanás como la fuerza que hay en ella. Él solo tiene poder cuando nosotros le damos lugar. Cuando tú puedes declararla con fe, anhelando esta realidad, es como cerrar la puerta con todas las fuerzas ante el rostro de Satanás. Tu vida está escondida con Cristo en Dios. Que el Señor hable ricamente a tu corazón a través de esta frase.

La ofrenda perfecta

«Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo» (Heb. 10:19). El contexto del versículo 19 se encuentra en los versículos 17 y 18: «Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones. Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado». ¿Dónde está la fuerza de este texto? En los versículos 12 y 14. Al leer los versículos 12 y 14, 17 y 18, tendremos un hermoso cuadro acerca de nuestra redención.

«Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios» (v. 12). La versión en portugués dice que él está «sentado para siempre» a la diestra de

Dios. ¿Por qué sentado para siempre? Porque él ofreció una única ofrenda, y ésta es totalmente suficiente, porque ella satisfizo todas las exigencias de Dios.

Todo lo que esta ofrenda tenía que cumplir, lo cumplió, con relación a los pecados, a la muerte y al diablo, con relación al infierno y al mundo. Y también delante de Dios, ella satisfizo la justicia de Dios, la santidad de Dios y la gloria de Dios. Esta es nuestra salvación. Un único sacrificio.

«Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados» (v. 14). Él los perfeccionó para siempre. ¿Cuál es el secreto de esto? Versículo 12: «Un solo sacrificio». Versículo 14: «Una sola ofrenda». «Hizo perfectos para siempre». ¡Qué salvación es ésta! Esta salvación entró a tu corazón generando una fe viva, una esperanza viva, una certeza eterna; quebró los grilletes del pecado, te sacó de la potestad de las tinieblas y te colocó en la posición de hijo de Dios. ¡Aleluya!

Una invitación celestial

El versículo 19 comienza: «Así que». Esta es una cláusula conclusiva. Está concluyendo todo lo que Pablo viene hablando en los versículos anteriores. «Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar

Santísimo por la sangre de Jesucristo...». Esto es glorioso. La frase «*en el Lugar Santísimo*» es otra manera de decir «*en los lugares celestiales*».

Este texto dice que tú puedes entrar. Satanás te dirá que tú tienes tantas deficiencias. Pero aquí no dice eso. Dice que tú puedes. ¿Y por qué puedes entrar? Porque Cristo hizo un solo sacrificio para salvarte. Si tú fueses la única persona perdida en este universo de billones de personas, él habría venido igual aquí a realizar la misma ofrenda para salvarte.

El Señor está sentado en el lugar de gloria, en el Lugar Santísimo. Y hoy nos invita a entrar. Tú dices: «Pero yo no me siento digno». Es el enemigo quien quiere hacerte retroceder. Pero Pablo dice que nosotros no somos de aquellos que retroceden. No podemos retroceder, pues somos invitados a entrar. Sí, puedes entrar, porque lo que te habilita para ello es el poder de la sangre de Jesús. Esta es la sangre que Dios ve. Esto es maravilloso.

Un plan eterno

Recordemos Éxodo capítulo 12. Cuando Dios ordenó que sacrificasen un cordero, y que su sangre fuese puesta en los dinteles de la puerta, el cordero debía ser tomado el décimo día, pero era sacrificado en el décimo cuarto día. ¿Ves la belleza

de esto? Es lo que Pablo dice en Romanos 3:25. La versión en portugués dice que Dios «propuso» a su Hijo como propiciación. Significa que Dios lo realizó antes. ¿Qué nos muestra este cuadro? Antes que Jesús muriera en la cruz, antes que Adán cayese, ya había un Cordero apartado y crucificado. Dios ya había provisto para nosotros salvación eterna en Cristo Jesús.

La salvación fue consumada en la cruz. Pero el plan de ella ya estaba dentro de Dios por toda la eternidad (1 Pedro 1:19-20). Esto es maravilloso. ¡Esta es la salvación que tú tienes! Satanás quiere quitarte la alegría y la certeza de ella. No permitas que el pecado te limite; no permitas que tus debilidades o tu carne te hagan retroceder. Míralo a él. Si él está sentado, es por ti, porque él ofreció un único sacrificio.

Dios aceptó el sacrificio, porque la sangre es el camino. Cuando tú vas por esta sangre, Dios no ve a un pecador, sino que ve la sangre sobre él. Cuando Dios mira la sangre, él ve la grandeza de la obra de su Hijo. «Consumado es». ¡Aleluya, podemos entrar! No podemos aceptar otra salvación que no sea ésta.

Cristo, sumo sacerdote

«Y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios...» (v. 21). Es im-

presionante el lenguaje de estos textos. La casa de Dios es otra manera de referirse a nosotros. Hebreos 3:6 dice que la casa de Dios somos nosotros. Está hablando de nosotros de manera colectiva. Al ver el versículo 19: «*Así que, hermanos...*», éstos también son la casa de Dios. Entonces, los hermanos pueden entrar.

Sobre la casa de Dios hay un sumo sacerdote. ¿Qué quiere decir esto? En primer lugar, la obra de Cristo como Salvador, es una obra del pasado; ella ya fue hecha. Pero, como sumo sacerdote, su obra está siendo realizada ahora. En este exacto momento, Cristo es el sumo sacerdote. Nuestra relación con él no es solo el relacionamiento con el Salvador. Su obra de salvación fue consumada hace dos mil años atrás; pero su obra como sumo sacerdote está siendo realizada ahora.

¿Con qué está tratando él ahora? En nuestra salvación, él trató con nuestros pecados. Sin embargo, como sumo sacerdote, él trata con nuestras debilidades. Él sabe que somos débiles. A veces, cuando nuestra oración no consigue llegar a Dios, ¿sabes lo que el Señor hace? Él intercede por nosotros.

«*Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo;*

pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte» (Luc. 22:31-32). Vemos cómo el Señor Jesús se anticipó a Pedro; él sabía que la fe de Pedro se debilitaría, y éste lo negaría. Pero él no desistió de Pedro.

Cuando Pedro lo negó, vio que los ojos del Señor estaban sobre él. Jesús no apartó su mirada ni aun cuando éste lo negaba. Tú puedes negarlo, pero él no te abandonará. ¡Esta es nuestra salvación! Todo esto es tan glorioso. Tenemos un sumo sacerdote sobre la casa de Dios. «*Acerquémonos*». No es retroceder, sino entrar, aproximarse, avanzar; es vivir la vida celestial en la tierra.

Congregados en lo alto

«*No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca*» (v. 25). Hay dos maneras de analizar este texto. Primero, de manera natural. Ésta nos mostrará que el texto se relaciona con las reuniones de la iglesia. Pero debemos saber que, hasta ese tiempo, los hermanos no tenían un local de reunión.

Segundo, la palabra «congregar» es muy interesante. Ella solo aparece dos veces en la Biblia. La primera en 2ª Tes. 2:1: «*con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él*». En griego

es *episunagoge*. La idea aquí es congregarse en lo alto.

Todos los textos que hemos leído tienen relación con la vida cristiana celestial. Efesios 2:6 dice que «*nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*». Y Hebreos 10:12 dice que él está sentado para siempre a la diestra de Dios. Entonces, si él está sentado para siempre a la diestra de Dios, ¿qué quiere decir «sentados con Cristo en los lugares celestiales»? Que nuestra salvación nos introdujo en la esfera más elevada de la presencia de Dios. Podemos entrar y disfrutar de esta presencia todo el tiempo. Te puedes acercar con un corazón sincero, en plena certidumbre de fe.

La certeza de la fe

¿Cuál es la certeza de la fe? La eficacia de la sangre de Cristo Jesús. No es mirándote a ti mismo, sino consi-

derando aquello que Dios ve. Este es un acto de fe. Entonces, esta certeza de fe ahora tiene un objetivo: la sangre de Cristo Jesús. La sangre de Jesús te purifica de todos tus pecados. Entonces dice: «No dejemos de reunirnos con el Señor en los lugares celestiales, como es costumbre de algunos».

Necesitamos exhortarnos, porque nuestro Señor está volviendo, y antes de entrar en los cielos para vivir la plenitud eterna, nosotros podemos disfrutar los cielos aun estando en esta tierra. Si tocamos la realidad de esta palabra, veremos una gran oportunidad para que Dios comience un gran avivamiento con nosotros. Porque esta es la experiencia práctica del avivamiento: la conciencia del verdadero significado de la vida cristiana. Amén.

Síntesis de un mensaje compartido en Temuco, Chile, en agosto de 2017.

Una cuestión de tacto

En cierta ocasión, John Wesley tuvo que viajar en diligencia con un oficial muy inteligente y simpático, pero que tenía el hábito de decir groserías. Antes de subir, Wesley tomó a su compañero aparte y le dijo: «Quiero pedirle un favor, y es que, como viajaremos juntos un largo trecho, si por casualidad me oye decir una palabrota, me lo haga notar al instante».

El oficial entendió rápidamente y replicó: «¡Nadie sino Wesley podía haber ideado una reprensión semejante!». La advertencia obró como un encanto, pues no se oyó ninguna mala palabra durante el camino.

Samuel Vila

LEGADO

Reflexionando sobre los rasgos más significativos de la iglesia en el principio de su historia.



La iglesia en Antioquía

Christian Chen

Volviendo al principio

En Mateo 19:3-8, un pasaje importante del evangelio de Mateo, los fariseos vinieron a Jesús queriendo probarle, preguntando si era lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa.

El Señor respondió haciendo referencia al libro de Génesis: «¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?». Y aquí llegamos a la conclusión del Señor: «Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre».

Entonces los fariseos hicieron otra pregunta: «¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?». Y el Señor les dijo: «Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres».

Esta es solo la voluntad permisiva, y no la voluntad eterna de Dios. Luego él agregó: «Mas al principio no fue así».

Si quieres conocer la voluntad de Dios en relación al matrimonio, ¿buscas su voluntad permisiva o su voluntad eterna? Si buscas su propósito eterno, la única forma es regresar al principio. Esta es nuestra carga hoy; por la gracia del Señor, compartiremos cómo era la iglesia en el principio.

Una familia dividida

Sin duda, por detrás del tema del divorcio hay muchas lágrimas y corazones rotos, hay niños que crecen en una familia quebrada. Lo mismo ocurre hoy en la iglesia. Nosotros somos la familia de Dios, pero al mirar a nuestro alrededor hemos de admitir que hay muchas divisiones. Según estadísticas recientes, hay 38.000 denominaciones cristianas.

En una familia como ésta, donde las separaciones ya ocurrieron, ¿cómo enfrentaremos la situación? ¿Cómo andaremos entre los hermanos? ¿Cuál es el camino? No somos responsables por las divisiones. Sin embargo, eso aconteció. ¿Hay un camino en el cual pueda vivir hoy el pueblo de Dios?

La primera vez que Pablo visitó Corinto, él trabajó con Priscila y Aquila. Ellos vinieron de Roma, y Pablo había pasado por Atenas hasta llegar a Corinto. En el comienzo,

Pablo fue a la sinagoga de los judíos e intentó hablarles del evangelio, pero ellos se rehusaron a oírle. Por esa razón, Pablo y otros salieron de allí. Pero el encargado de la sinagoga y su familia fueron salvados. Fue un fruto maravilloso.

Muchas personas fueron salvadas en aquella ciudad. Entonces, una noche, el Señor se le apareció y le dijo: «Pablo no temas; debes seguir hablando, no te detengas». En otras palabras: «Cuando más frutos tengas, habrá una reacción del enemigo y puedes esperar que toda la ciudad se vuelva contra ti». Pero ese solo fue el principio de la obra de Pablo en Corinto.

Ese es el camino. Los ojos de Pablo se abrieron y más tarde descubrió que el Señor tenía más personas en esa ciudad. Gracias al Señor, si tus ojos están concentrados en él, no solo verás al Señor, sino también descubrirás que hay más personas en tu ciudad; entonces el Señor te mostrará el camino.

La iglesia en el primer siglo

En esta ocasión compartiremos cómo fue la iglesia en el principio, hablando sobre la iglesia en Antioquía, luego la iglesia en Corinto, la iglesia en Éfeso, y por último la iglesia en Filadelfia. Al hablar

sobre la iglesia en el principio, iremos a los primeros cien años, y los dividiremos en tres secciones de 33 años cada una.

Los primeros 33 años fueron los días en que la Palabra se hizo carne; en esos 33 años somos testigos de la Cabeza de la iglesia. El segundo periodo, en el libro de Hechos desde el capítulo 1 hasta el 28, cubre 33 años. Aquí somos testigos del nacimiento y el crecimiento de la iglesia. En aquellos 33 años, «el camino del justo es como la luz en la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto».

Eso es lo que nos muestra el libro de Hechos. Ahí encontramos los hechos del Espíritu Santo. Cuando el Señor estuvo en la tierra, él tomó el cuerpo que Dios le dio por medio de María. Donde él iba, fuese a Galilea, Judea o Samaria, él llevaba el cielo consigo. Después de la ascensión, cuando nació la iglesia, el cuerpo de Cristo siguió sobre la tierra. Por medio de este Cuerpo místico, el Señor siguió moviéndose, predicando y trabajando. Así vemos, en estos 33 años, no solo la Cabeza sino también el cuerpo.

Ya hemos oído cómo Pedro habló. Juan y los otros apóstoles estuvieron siempre con Pedro. Siempre era Pedro quien hablaba. Cuando Pedro estaba lanzando las redes, Jesús le

dijo: «*Te haré pescador de hombres*». Este fue el ministerio de Pedro; el día de Pentecostés, él lanzó la red, y tres mil peces vinieron a ella. Más tarde, fueron cinco mil peces. Gracias al Señor, en esos 33 años más gloriosos, la iglesia nació y fue creciendo hasta la madurez. Pedro y otros apóstoles pusieron el fundamento.

En el tercer grupo de 33 años, vemos el ministerio de Juan; ahora es él quien toma la responsabilidad del Señor. Cuando Juan fue llamado, él estaba reparando las redes. Por eso, su ministerio es recuperar. Dios reservó a Juan, después que Pablo y Pedro durmieron. Cuando Juan escribe, la situación es muy diferente, en especial en el libro de Apocalipsis.

El ministerio de Juan

En la isla de Patmos, en el día del Señor, cuando Juan miraba hacia las iglesias en Asia, la situación de decadencia de las iglesias estaba en su corazón. Como un sumo sacerdote, él llevaba a todos los hijos de Dios ante el Señor. Imaginen su tristeza. El apóstol Juan vivió casi cien años. Pablo no vivió tanto, y probablemente solo vio la etapa gloriosa del crecimiento de la iglesia, aunque él ya percibía algunos males. Sabemos eso por la segunda carta a Timoteo.

Cuando Juan se mira al espejo, él sabe que su hombre exterior está decayendo, y no se asombra de eso; pero sí le sorprende ver que, cuando la iglesia entra en los siguientes 33 años, entonces hay arrugas y manchas en ella. Pero, ¿es posible que la iglesia, llena de la vida de Cristo, pueda envejecer? Al leer las cartas en Apocalipsis, nos asombramos. De las siete iglesias, nuestro Señor se dirige a cinco de ellas diciendo: «Arrepiéntete». Pero, ¿no se supone que la palabra «arrepentimiento» es para los incrédulos?

Cuando la iglesia estaba en condiciones normales, Pablo escribió siete cartas. De manera indirecta, el Señor habló por medio del apóstol. Pero ahora, cuando la iglesia está en anormalidad, es el propio Señor quien habla. Nadie puede ver mejor que él. El Señor anda entre los candeleros con sus ojos penetrantes, y puede ver la condición real de las iglesias. Sin duda, la iglesia estaba en decadencia. Es como si el Señor dijera a Juan: «Tú solo has vivido cien años y eso es lo que ves; pero yo puedo ver mucho más que tú».

Cuando miramos los últimos 2.000 años, obtenemos un reflejo de los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis. Y entre las siete iglesias es mencionada la condición de Filadelfia. Cuando miramos a esa iglesia, podemos des-

cubrir el verdadero camino de la iglesia. Ahora, cuando la iglesia está envejeciendo, ¿cuál es el camino? Esa es la idea que queremos compartir en esta conferencia: cómo era la iglesia en el principio.

«Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no hablando a nadie la palabra, sino solo a los judíos. Pero había entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús. Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor. Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía. Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquía. Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía» (Hech. 11:19-26).

Aquí vemos la iglesia en Antioquía. En esta iglesia, vemos que el Espíritu Santo hizo algo nuevo. Las cosas que hace el Espíritu Santo son siempre nuevas. De alguna forma, esta

fue la continuación de la obra del Espíritu Santo.

El Pentecostés

Al hablar de los hechos del Espíritu Santo, debemos empezar con el día de Pentecostés. *«Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días»* (Hech. 1:5). El bautismo con el Espíritu Santo ocurrió realmente el día de Pentecostés. Todos allí fueron bautizados en un cuerpo de ciento veinte miembros. Así fue el nacimiento de la iglesia, el cuerpo de Cristo. Inmediatamente después tenemos la iglesia en Jerusalén.

Históricamente, el comienzo de la obra del Espíritu fue aquel día en

El Espíritu Santo siguió obrando. Para nosotros, esto lleva tiempo. Sin embargo, para Dios, solo hay un «ahora». Para él no hay tiempo ni espacio. El bautismo del Espíritu Santo en un solo cuerpo, para nosotros, lleva años; sin embargo, para Dios, es un hecho consumado.

En casa de Cornelio

«Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio» (Hech. 11:15). Esto lo dice Pedro. Él tuvo una experiencia maravillosa en Cesarea, en casa de Cornelio. Ahora intenta describir lo que ocurrió en ese lugar. Pedro quería decir muchas palabras, pero el Espíritu Santo lo interrumpió, cayendo sobre ellos,

El bautismo del Espíritu Santo en un solo cuerpo, para nosotros, lleva años; sin embargo, para Dios, es un hecho consumado.

Jerusalén. Tal era el plan de Dios: *«Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra»* (Hech. 1:8). Sin duda, nosotros estamos en lo último de la tierra. Estos son los hechos del Espíritu Santo. ¡Gracias al Señor!

«como sobre nosotros en el principio». Él se refería al día de Pentecostés. *«Entonces me acordé de lo dicho por el Señor cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo»*.

¿Qué ocurrió en casa de Cornelio?
¿Cómo describimos esa experiencia

del bautismo del Espíritu Santo? Si vemos toda la Biblia, solo en dos ocasiones; una en el día de Pentecostés y la otra en casa de Cornelio, el Espíritu Santo describe este acontecimiento: el bautismo del Espíritu Santo. La interpretación viene de 1ª Corintios 12: «*Todos fuimos bautizados en un cuerpo por el Espíritu Santo*». Al hablar del bautismo del Espíritu Santo, vemos el propósito de la obra suya en relación con la formación del cuerpo de Cristo.

En casa de Cornelio la mayoría son gentiles, pero gracias al Señor, ahora no hay griego ni judío, esclavo ni libre; ahora todos bebemos de un Espíritu. Este es un hecho del Espíritu Santo. Así nace el cuerpo de Cristo. A los ojos de Dios, es un hecho que ocurre un solo momento, pero, para entenderlo nosotros, lo vemos desde el capítulo 2 hasta el capítulo 11 de Hechos. Pero ambas son solo una cosa, dos lados de una misma esfera, comenzando en Jerusalén y finalizando en Antioquía.

Inicios en Antioquía

Al llegar a Antioquía vemos cómo el Espíritu Santo puede hacer muchas obras según la voluntad de Dios. Por esa razón, nunca podremos separar la iglesia en Antioquía de la iglesia en Jerusalén. En Jerusalén, los santos se reunían juntos, pero en el ca-

pítulo 6, se nos dice que había judíos helenistas y judíos nativos. Había dos lenguas diferentes: judío y griego. De inmediato, notamos que esto es distinto al judaísmo.

Esteban trabajó en algunas sinagogas, una de ellas llamada «sinagoga de los libertos», que reunía a judíos que antes eran esclavos. Allí había gente de Cirene y Alejandría, del norte de África. Pero aunque todos hablaban griego, había diferencias; algunos eran de piel clara y otros oscura. Todos hablaban la misma lengua, pero si no te sentías cómodo con los de África, te ibas a otra sinagoga, y punto.

Pero, entre los hermanos, algunos hablaban hebreo y otros griego. ¿Podrían tener iglesias diferentes y reunirse de distintos modos? Si así fuese, no habría habido una iglesia en Antioquía. Aquellas personas tenían que aprender la lección en Jerusalén. Y, ¿cómo aprendieron? Dado que hablaban diferentes lenguas, al reunirse, tarde o temprano la diferencia cultural traía problemas.

Una lección en Jerusalén

En Jerusalén, algunos hermanos de habla griega tenían problemas, pues sus viudas eran desatendidas (Hechos 6). ¿Cómo resolverían aquello? La solución vendría solo yendo a la presencia del Señor para orar jun-

tos. Entonces escogieron a siete diáconos, ¡y todos ellos hablaban griego! Fue una obra del Espíritu. Gradualmente, ellos aprendieron una lección maravillosa de cómo funciona el cuerpo de Cristo.

Estrictamente hablando, ¿quién estaba a cargo del ministerio de la palabra? Pedro y los otros apóstoles, mientras Felipe y Esteban atendían las mesas, así como el hermano Lorenzo dijo: «Dios mío, de alguna forma, por amor a ti, si pudiera ayudar un poco en alguna cosa, yo estaría tan contento». Si aprendemos esa maravillosa lección juntos, como cuerpo de Cristo, seremos fieles en las pequeñas cosas. Gracias al Señor, ellos escogieron a varones llenos del Espíritu Santo para atender las mesas.

Esteban y el concilio

Todo empieza ahí, cuando Esteban fue a la sinagoga de los libertos y les predicó el evangelio. Pero algunos no pudieron soportarlo y lo llevaron ante el concilio. Allí, su rostro brillaba como el de un ángel.

Lucas no estaba ahí. Entonces, ¿cómo supo que el rostro de Esteban brillaba? Alguien debió haber estado presente. ¿Fue Pablo? Esteban predicó un largo sermón, pasando por todo el Antiguo Testamento. Pablo era un maestro que conocía

bien las Escrituras; pero es impresionante saber que Esteban no era un erudito; mas, de alguna forma, la palabra de Dios estaba viviendo en él.

¿Quién pudo haber registrado aquel sermón? Sabemos que a Pablo no le agradó. Las personas tapaban sus oídos. Pero de todas maneras, Pablo oyó y recordó cada palabra de ese discurso, y después él lo transmitió a Lucas. Oyendo a Esteban, aquel que atendía las mesas, un gran erudito fue cautivado.

Si creemos que la iglesia en Jerusalén empezó con Pedro y Juan, y que solo ellos eran capaces de producir frutos, no es así. Si eres miembro del cuerpo de Cristo, como Esteban y eres fiel en lo poco, esto ocurrirá. Esteban no trazó un plan, él no sabía que un día iba a capturar a un gran pez como Pablo.

Esteban dijo «Veo los cielos abiertos». Pablo era un erudito de la Biblia, él conocía muy bien a Ezequiel. El profeta solo vio la imagen de la gloria de Dios. ¿Quién era Esteban para ver la gloria de Dios? Si Esteban era un hombre de Dios, ¿quién era Pablo? Él estaba lleno de conocimientos bíblicos. Pero ahora el Señor Jesucristo, que siempre está sentado a la diestra del Padre, se levanta para recibir a Esteban el mártir.

Todo eso fue tan impresionante para Pablo, que no podía soportarlo. O él se rendía al Señor, o tendría que apagar todas aquellas voces. Entonces él persiguió a la iglesia, de la misma forma que un oso entra a un jardín, intentando destruir todas las viñas. Pablo era un hombre civilizado. ¿Cómo es posible que de súbito se convirtiera en alguien tan violento? ¿Puedes imaginar a un hombre culto como Pablo con la sangre de los santos en sus manos?

Solo hay una interpretación: él no podía acallar la voz de su conciencia. El Señor estaba usando aquel aguijón para incomodarlo. O Pablo se rendía, o seguía persiguiendo al pueblo de Dios. Por desgracia, él escogió perseguir la iglesia, hasta que en el camino a Damasco fue atrapado por aquella luz del cielo y, una vez atrapado, nunca pudo escapar.

Pablo fue salvo y, definitivamente, esto tuvo que ver con Esteban. No es de sorprender que, cuando Pablo quiso dar el primer sermón de su vida, escogiese Antioquía de Pisidia, un lugar muy alto, que usó como plataforma para predicar su primer mensaje. Este sermón comienza donde Esteban terminó.

Consecuencias de la persecución

Ahora vemos lo que ocurrió en Jerusalén, cuando todos se juntaron.

Debes lidiar con un lenguaje diferente, tienes que negarte a ti mismo. Gracias al Señor, este es único lugar donde puedes conocer la voluntad de Dios. Si ellos están separados, no la conocerán. Y no solo eso. Gracias a la persecución, los santos fueron esparcidos, y los que salieron de Jerusalén fueron por todas partes predicando la Palabra.

Los apóstoles, quizá debido a su gran responsabilidad, permanecieron en Jerusalén. Pero Jerusalén es solo el principio, no el fin. Ellos estaban en el comienzo, pero el Señor continuaría. Cuando los obreros están ocupados, ¿la iglesia debería paralizarse? ¿Y qué hay de Samaria, de Judea y de los otros lugares?

Después de aquella persecución, Felipe, otro de los diáconos, fue a la ciudad de Samaria. Si el plan del Señor se extendía a Samaria, ¿quién evangelizaría Samaria? ¿Esperarían a que el Espíritu Santo tocara el corazón de Pedro? Sí, más tarde fue tocado, porque Felipe estaba trabajando en aquella área. Ahora, Pedro y Juan fueron por las aldeas, pero había una razón para eso.

Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, al pasar por Samaria, los samaritanos no le recibieron. Entonces, Juan y Jacobo, los hijos del trueno, dijeron: «Señor, ¿por qué no ha-

ces descender fuego del cielo para consumirlos?». Él les respondió: «*No sabéis de qué espíritu sois*». Su espíritu era un espíritu violento, no era el Espíritu del Cordero. Gracias al Señor, cuando Juan y Pedro pasaron otra vez por allí, pidieron que descendiera el Espíritu Santo. Entonces, toda aquella región fue ganada para el Señor.

¿Ven los hechos del Espíritu Santo? Él obra de una manera maravillosa. Y no solo eso; también el Señor dijo a Felipe: «*Ve al desierto y acércate a un eunuco etíope*». El eunuco estaba leyendo Isaías 53, y no podía entenderlo; luego, no solo fue salvo, sino también bautizado. Ahora el evangelio no solo estaba en Jerusalén, sino también llegó hasta Etiopía, todo eso a causa de que los discípulos fueron esparcidos.

Hacia los gentiles

Entonces los apóstoles salieron a hacer la obra de confirmación. De esa forma Pedro visitó Jope, y recibió la visión. Conocemos cómo él fue enviado a casa de Cornelio y éste experimentó el bautismo del Espíritu Santo. Si Pedro hubiese permanecido en Jerusalén, nada hubiera ocurrido, pero, porque tuvo que viajar a Jope, que era el campo de trabajo de Felipe, la obra se extendió.

Tras la escena en casa de Cornelio, leemos: «*Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no hablando a nadie la palabra, sino solo a los judíos. Pero había entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús. Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor*» (Hch. 11:19-21).

Estos varones de Chipre, Antioquía, Fenicia y Cirene eran los que discutieron con Esteban. El Señor usó a Esteban para una obra maravillosa, y luego éstos fueron salvos. Ahora ellos sintieron libertad para hablar a los griegos acerca del Señor Jesús. Y, porque la mano del Señor estaba con ellos, algo ocurrió. Ahora el Espíritu Santo dirá: «*Esa es la razón por la cual los puse en Jerusalén, para enseñarles la vida de cuerpo, que necesitan los unos de los otros y que no pueden juzgar a las personas solo por su apariencia*».

En este mundo, todos somos distintos en cuanto al trasfondo cultural. Pero cuando aprendes algo en Jerusalén y experimentas algo por medio de la vida del cuerpo, aun no existiendo un mandato de Pedro y

de Juan, cuando otros no quieren predicar a los gentiles, éstos predicaron a los griegos.

Finalmente, esta noticia llegó a Jerusalén, a oídos de un hermano llamado Bernabé. Éste sabía que había un hombre que sería usado por el Señor para ayudar a esa iglesia recién nacida.

Entonces aparece Pablo, después de haber estado oculto once años en Damasco. Cuando la Escritura dice que Bernabé «lo encontró», en griego, es una expresión similar a haber hallado una perla en el fondo del mar.

El Señor puso una barrera a Pablo, por once años, mientras la vida de Cristo iba siendo acumulada en su vida. Pero, cuando aquella compuerta fue levantada, fluyeron los ríos de agua viva. Entonces Pablo fue a Antioquía, y trabajó con Bernabé, reuniéndose con los santos durante un año.

Antioquía

Recordemos algunas cosas. Primero, por el Espíritu Santo, nació la iglesia en Jerusalén. Luego, tras el bautismo con el Espíritu Santo en casa de Cornelio, Dios escogió a Antioquía para ser una ciudad muy importante en Su obra, porque eso estaba realmente en su corazón.

A los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía. Allí, el Espíritu Santo hizo algo nunca visto antes. Los discípulos que vivían en aquel lugar ya habían aprendido la experiencia de primera mano en Jerusalén. Ellos sabían cómo el cuerpo se movía. Si ellos hubiesen sido una organización, deberían esperar por Pedro, Juan y los otros apóstoles; pero no fue así.

Entonces, ¿quién es el agente que hará que el cuerpo se mueva? Veamos, por un lado, los hechos del Espíritu Santo, y por otro, el verdadero registro del cuerpo de Cristo. Eso no es solo una teoría, es una realidad, algo nuevo, algo efectivo. Si sigues la ley del cuerpo de Cristo, si la mano del Señor está contigo, no necesitas preocuparte por los números. Muchos creyentes vendrán a él.

La iglesia en Antioquía es diferente a Jerusalén. En Jerusalén, el judaísmo es la fuerza dominante. Las personas siempre considerarán a esa iglesia como una secta dentro del judaísmo; aquello era como un periodo de transición. Para ver lo que el Señor realmente desea, debemos ir a la iglesia en Antioquía.

Antioquía era una de las grandes ciudades de aquella época. Allí había cuatro grupos de personas: griegos, romanos, una minoría de judíos, y

sirios. Es una mezcla cultural, como el sueño de Alejandro Magno, el matrimonio entre oriente y occidente. Él quiso que sus diez mil soldados griegos se casasen con diez mil mujeres persas, pero su sueño nunca se cumplió. Pero en el cuerpo de Cristo no hay judío ni griego, esclavo ni libre; todos ellos bebieron de un Espíritu.

La iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo, es algo totalmente distinto a cualquier otra cosa. En Jerusalén, el pueblo no pudo entender; pero, por la fidelidad de Pablo y Bernabé, ellos podían perfeccionar a los santos y edificar el cuerpo de Cristo. Por esta causa, la gente dijo: «Ellos son cristianos», es decir, que pertenecían a Cristo.

Antioquía era una ciudad cosmopolita. Allí confluía todo tipo de personas. Sus habitantes eran famosos por dar apodos a todos. Ellos veían cuando los creyentes se reunían, y se preguntaban: ¿Pertenecen a los judíos? No, no es judaísmo. ¿Pertenecen a alguna corriente filosófica? No, de ninguna manera. ¿Algo conectado con los persas? Tampoco.

Entonces, no sabían cómo describirlos. Todo lo que sabían era que aquellas personas adoraban a Cristo. Eran gente de Cristo, y por eso fueron llamados cristianos. En realidad, los

discípulos recibieron este nombre como un apodo.

La unción del Espíritu

La iglesia es siempre un enigma para el mundo. Si algún día el mundo es capaz de penetrar en la iglesia, ella será como Sansón. Cuando él se recostó sobre las rodillas de Dalila, y su cabello fue cortado, su poder también se fue. Ese era su secreto. Es por eso que hablamos del testimonio. Si aquellos hermanos hubiesen estado reuniéndose por cien años y nadie lo supiera, eso no sería testimonio.

Si algo tiene impacto en la sociedad, si el pueblo percibe que algo está pasando, no podrá catalogarlos como una secta del judaísmo, sino como seguidores de Cristo. «Cristianos» es la mejor descripción. Aunque fuese un apodo, por alguna razón, la mano soberana del Espíritu Santo estaba detrás de eso. Son gente de Cristo. ¿Quién es Cristo? El Ungido. ¿Quiénes son los cristianos? Los ungidos.

En el Pentecostés y en casa de Cornelio, todos ellos fueron bautizados en un cuerpo. Pero, antes de eso, la Cabeza fue primeramente ungida. Cuando nuestro Señor ascendió a los cielos, él fue exaltado y fue ungido como Cristo. El óleo de Aarón fue derramado sobre la Ca-

beza. Cuando el óleo estaba siendo derramado, fue primero sobre Jerusalén, luego en casa de Cornelio, y hoy lo vemos descender por todo el cuerpo. Esta es la historia del Pentecostés.

La fuente de los hijos de Dios no tiene su origen en los grandes filósofos ni tampoco en Moisés; es Cristo, quien ascendió a los cielos, el Mesías ungido. Entonces, aquella unción, el Espíritu Santo en la Cabeza, fue derramado hasta nosotros. Cuando se habla de los cristianos, se trata de Cristo y su iglesia. Por una parte, la Cabeza ungida; por otra, el cuerpo bautizado. Bautizados en un cuerpo. Ese es el testimonio.

El Espíritu Santo hizo algo maravilloso: Cristo y los cristianos, el Ungido y los ungidos. Tenemos la unción en nosotros. Gracias al Señor, siendo ungidos, el Espíritu Santo nos conducirá a todos. Pablo no trató de usurpar el lugar del Espíritu. Aunque estés lleno de conocimiento bíblico, no puedes tomar Su lugar. Debemos permitir que él nos enseñe. El Espíritu Santo se mueve dentro de nosotros. Eso es la unción.

Los cristianos, hoy

Cuando la gente de Antioquía percibió algo nuevo, ellos solo podían decir: «Ellos son cristianos». Hoy en día, si alguien te pregunta: «¿Quién

eres tú?», respondes: «Soy cristiano». Pero el mundo no está conforme con esa respuesta, y te preguntarán: «¿Qué tipo de cristiano eres?». En la iglesia en Antioquía son solo cristianos, pero ellos no saben cómo describirse a sí mismos en forma más específica.

¿Qué nos lleva a dividirnos? Que, aparte de ser cristianos, tenemos alguna cosa más. Por ejemplo, si yo estoy en un restaurante y oro, y en una mesa cercana hay un desconocido que también ora, podemos comenzar a tener comunión.

Ambos somos cristianos. Si no podemos hablarnos, recordamos que en la Biblia hay dos palabras que son celestiales, y entonces yo digo: «Aleluya», y él dirá: «Amén». ¡Maravillosa comunión!

Pero no puedes ir más allá de eso, porque si vas un poco más allá, estarás en problemas. «¿Cómo te reúnes, hermano?». «Oh, yo me reúno en un lugar muy ruidoso; algunas personas ruedan por el suelo». El otro hermano piensa: «Ah, debe ser un pentecostal». Luego dice: «Nuestro lugar de reunión es tan quieto, que si cae una aguja en el piso, todos pueden oírlo. Si se lee la Biblia, todos están en silencio. Si vienes a este lugar, sentirás la presencia de Dios».

¿Ven eso? Al principio, ambos se aman; pero después de saber qué tipo de cristiano es él, comienza el problema. Hay una historia real. En una asamblea, algunos hermanos decían Amén, y otros hermanos no lo podían soportar. Finalmente, encontraron una solución, disponiendo un área para los hermanos que decían Amén, y otra para quienes no lo hacían.

En Brasil, un pastor bautista fue invitado a predicar a una iglesia presbiteriana, y después del mensaje, todos dijeron: «¡Maravilloso!». Pero su doctrina era distinta; entonces, el predicador no podía participar de la mesa del Señor. Alguien preguntó: «¿No es él un hermano?». Y le respondieron: «Sí, pero es un medio hermano». Pero en Cristo hay solo hermanos, no medios hermanos.

En Estados Unidos visité una asamblea rural. Allí había muy buenos hermanos, pero discrepaban entre sí con respeto a algunas cosas. Yo debía ser muy cuidadoso. Un día, estando sentados a la mesa, alguien me preguntó: «¿Hermano, quieres café o té?». Algunos de ellos pensaban que los cristianos no debían tomar té, y otros creían que no debían tomar café, y eso los separaba. Entonces dije: «Yo quiero leche».

Si el té o el café nos pueden separar, entendemos por qué hay 38.000 denominaciones diferentes. Lo único importante es que fuimos salvos por causa de Cristo. No ha sido dado a los hombres ningún otro nombre; en el nombre de Jesús fuimos bautizados y en este nombre nos reunimos juntos. Si realmente vivimos este tipo de vida, entonces, eso es la iglesia en Antioquía.

El grato olor de Cristo

Al hablar de la unción del Mesías, de inmediato recordamos el Salmo 133. Cuando el óleo está sobre la cabeza de Aarón, en hebreo dice: «un aceite precioso en extremo». Es muy diferente de cualquier otro. El aceite usado en el templo requería cierta fragancia; pero según la tradición, el óleo que ungiría al sacerdote era extremadamente precioso.

Hace 2.000 años atrás, los judíos sabían cómo hacerlo, pero aquella técnica desapareció. Solo hace pocos años, un profesor israelí descubrió la planta de la cual se obtenía aquel óleo especial. Cristo fue ungido con un óleo único; es tan especial, que cuando está siendo derramado, inmediatamente sabes quién es el Ungido, y puedes percibir su fragancia.

Cuando se esparce el aroma de Cristo, sentirás algo diferente en el aire.

Pero no es solo él. En Antioquía hay muchos ungidos, llenos del Espíritu Santo, y antes que ellos hablen, puedes sentir la fragancia. A esto se le llama testimonio. Sin importar dónde nos reunamos, el mundo percibirá el aroma y dirá: «Estos son cristianos». Pero, nadie lo sabrá si no hay tal fragancia.

Gracias al Señor, tal es la iglesia en Antioquía. Si hoy vivimos este tipo de vida, tarde o temprano, en la sociedad, se percibirá el olor. Es difícil describir una fragancia. Cristo va más allá de cualquier descripción, y asimismo los cristianos van más allá de cualquier descripción. ¿Vivimos nosotros una vida como ésta? Si es así, entonces, este es nuestro testimonio.

La flor de alheña

Cuando la reina de Saba trajo aquellas plantas aromáticas a Salomón, él halló un oasis llamado En-gadi, en la región del Mar Muerto, y allí fueron plantadas aquellas especias. Por eso, en el último versículo del Cantar de los Cantares vemos «la montaña de los aromas». Si vas a En-gadi hoy, descubrirás plantas de alheña (henna). Ocurre algo muy interesante con la alheña: Si hay una planta sola, apenas puedes olerla; pero, cuando hay muchas de ellas juntas, se percibe su aroma a la distancia.

Nuestro Señor es esa flor de alheña. Originalmente, él era solo el Hijo Unigénito, una maravillosa flor de alheña, pero, tras su resurrección, él llevó muchos hijos a la gloria. Cuando la iglesia se reúne hay muchas plantas de alheña juntas, y percibirás el olor a gran distancia. Esta es la historia de la iglesia en Antioquía.

Aquí descubrimos que, cuando la Cabeza es ungida, todos los miembros son ungidos. La fragancia ya no viene solo de la Cabeza, sino también de todos los miembros del cuerpo de Cristo. Esto es la iglesia como era en el principio. No es solo teoría; debemos vivir esa vida, debemos aprender a ser guiados por el Espíritu Santo, a obedecerle y ser llenos de él.

Que podamos menguar para que Cristo crezca en nosotros. Entonces, no solo tendremos la iglesia en Antioquía. Éstos son los cristianos hoy, los ungidos; pero no solo eso: ellos esparcen la fragancia. Por eso la sulamita podía decir: «*Oh despierta viento del norte, y ven viento del sur, hazed que mi huerto exhale fragancia*». Esta es la función de la iglesia; por esta razón nos reunimos en cada lugar. El Señor hable realmente a nuestros corazones. Amén.

Mensaje compartido en Temuco, Chile, en septiembre de 2012.

BIBLIA

Claves para el estudio de la Palabra

1 y 2 Pedro

A.T. Pierson

Palabra clave: Precioso

Versículo clave: 1ª Ped. 2:7

Estas epístolas fueron dirigidas a los “elegidos expatriados en la dispersión”, esto es, no a las iglesias de los gentiles, ni a los hebreos que aún se apegaban a la Ciudad Santa y su Templo; sino más bien a aquellos que habían renunciado al judaísmo, por Cristo, y a la Canaán terrena, por el Paraíso celestial. Pablo fue a los gentiles, viajando hacia el Oeste. Pedro, viajando para el Este, fue a las tribus dispersas (Gál. 2:9). Estas cartas tenían como objetivo confortar a los hebreos convertidos, ante las persecuciones que estaban por venir, o que ya estaban presentes. Otro objetivo era el de conducirlos, aun entre hombres perversos, a una vida piadosa, en medio de tribulaciones y pruebas de fe, y exhibir el gobierno de Dios en ellos y sobre el mundo.

Siete cosas preciosas son presentadas en estas epístolas: la prueba de la fe, la Sangre, la Piedra viva, Cristo mismo, la fe, las promesas, el espíritu manso y tranquilo. El pasaje central entre las siete es 1ª Pedro 2:7, la clave de toda la epístola. La línea de pensamiento es ésta: la posición del creyente es primeramente contrastada con la del judío. El Mesías rechazado por Israel es entonces revelado como la Piedra angular, y los escogidos de Dios son los verdaderos herederos de la esperanza.

El discípulo es visto en su servicio y sufrimiento como estando bajo el cuidado de la gracia y providencia de Dios. Cristo es presentado como

ejemplo; su muerte vicaria es nuestra salvación. Dios es el Juez, y él comenzará juzgando a los de su propia Casa. El discípulo es, al mismo tiempo, un peregrino, extranjero y forastero (comp. Heb. 11:13-16). El lugar del cristiano en este mundo (a semejanza de las epístolas de Pablo), está en las alturas y en el mundo venidero.

La segunda carta fue escrita en la expectativa de “abandonar en breve este cuerpo”. Pedro describe la iniquidad, de la misma forma en que Judas describe la apostasía de los últimos días. Aquí tenemos, en preeminencia, el gobierno de Dios sobre el mundo, y su juicio final de este mundo.

El Salmo de la tempestad

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

El Salmo 91

En toda la literatura inspirada, no hay una declaración más grande del reconocimiento de la necesidad humana y de la revelación del recurso divino, que la que encontramos en el versículo con que comienza este salmo.

Es interesante hacer notar de paso, que todas nuestras grandes versiones lo han traducido exactamente de la misma manera, y estas palabras nos transmiten con precisión inequívoca el pensamiento del salmista. La declaración mencionada coloca la vida humana bajo la autoridad final, «el Altísimo»; y dentro del poder absoluto, «el Omnipotente».

Este salmo no tiene ninguna inscripción, ni musical, ni interpretativa. Se destaca solo sobre la página. Su autor es desconocido. El Talmud se lo adjudica a Moisés, así como el Salmo 90. Por lo que toca al Salmo 90, los

eruditos cristianos están de acuerdo en que fue escrito por Moisés; pero no sucede lo mismo tratándose del Salmo 91. Sin embargo esta incertidumbre, en cuanto al autor, no altera su valor vital.

Dos cumbres espirituales

Lo que sí es perfectamente evidente es que el Salmo 91 está relacionado con el pensamiento del Salmo 90. Si Moisés escribió ambos, vemos la conexión y la secuencia; o si no, si como otros eruditos piensan, salió de la pluma de otro autor, es casi seguro que dicho autor estaba familiarizado con el Salmo 90. Se puede notar la relación entre los dos, si colocamos uno al lado del otro el versículo primero del salmo 90 y el versículo primero del Salmo 91, y los leemos juntos:

«Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación ... El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Omnipotente».

Es como si este salmista, leyendo el salmo del primero dijera: «Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación». ¿Es ahí *donde* tú vives? Entonces así es *como* tú vives: «*El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Omnipotente*».

No obstante hay un contraste muy marcado entre estos dos salmos. En el salmo 90, desde el principio hasta el fin, hay un tono menor de tristeza, y la sensación de la muerte. Es tan cierto esto, que es un salmo leído con frecuencia en la hora solemne cuando conducimos a su última morada los cuerpos de los seres que amamos. «*Vuelves al hombre hasta ser quebrantado ... Con tu ira somos turbados ... Acabamos nuestros años como un pensamiento ... Los días de nuestra edad son setenta años ... porque pronto pasan y volamos*».

Cuando llegamos al Salmo 91, todo es diferente; desde el principio hasta el fin, domina un tono mayor de alegría, y la sensación de vida segura, victoriosa, a pesar de que las tinieblas predominan. Yo me inclino a afirmar que si Moisés escribió ambos salmos, y tal vez así fue, en el segundo trepó a una cumbre de visión mucho más alta que aquella sobre la que estaba colocado al escribir el primero.

No pretendo decir que lo primero no es verdad, pero es posible tener una visión perfectamente correcta de la

vida y luego ascender un poco más, y tener una visión de más largo alcance, que no contradice nada de lo que presenciamos en niveles más bajos, pero que coloca las cosas delante de nosotros guardando relaciones diferentes, y resultando, en consecuencia, una visión distinta.

Estructura del Salmo 91

En este estudio me propongo examinar muy brevemente el salmo como un todo en su estructura y en su desarrollo, a fin de poder dedicar nuestra atención al versículo 1, donde está concentrada toda la enseñanza. El salmo, tal como lo tenemos, consta de dieciséis versículos; en el hebreo se divide en cuatro estrofas. El versículo 1 es la primera estrofa, completa en sí misma. Luego siguen tres estrofas de interpretación.

La primera es una estrofa de afirmación inclusiva: «*El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente*». No hay más que decir. Todo está dicho. Lo que sigue no es más que la interpretación de lo que se ha declarado. La primera estrofa de interpretación se encuentra en los versículos 2 al 8. La siguiente en los versículos 9 al 13; y la final comienza con el versículo 14 y termina con el 16.

En la primera de estas estrofas de interpretación, el salmista habla acerca de Jehová. Principia: «*Diré yo a*

Jehová», y continúa: «*Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré*». Luego hay un cambio en el uso de los pronombres, saltando de la primera persona a la segunda, como hablando consigo mismo: «*Él te librará del lazo del cazador ... Porque has puesto al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada*».

De esta manera llega hasta la última estrofa, y aun cuando él todavía es el salmista, ahora es Jehová quien le está hablando. La última estrofa es el lenguaje de Jehová, y el salmista anuncia la respuesta que Dios da a lo que él ha dicho: «*Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré*». El verso alude a «él», esto es, el salmista: «*Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre*» (v. 14).

Protección del peligro

El único tema de este salmo es el de la protección de todos los peligros en lugar escondido.

Este salmista no fue un hombre que hubiera llegado a campos floridos y sin nubes. Estaba, por el contrario, viviendo en medio del terror y de la dificultad. Notemos las palabras que describen los peligros de los cuales se daba cuenta: «*lazo, pestilencia, temor, saeta que vuela de día, mortandad que en medio del día destru-*

ya, mal, plaga, piedra, león, áspid, dragón, angustia».

Sí, pero su salmo no hablaba sobre los peligros; sino sobre la protección en contra de los mismos. Échese una mirada al salmo otra vez, y nótese las palabras empleadas para describir tal protección: «*Esperanza, castillo, plumas, alas, escudo, adarga, ángeles, liberación, honra, larga vida, satisfacción, salvación*». Así nos encontramos con que hay palabras que señalan los peligros, y palabras que nos hablan de la protección perfecta contra tales peligros. Esta es la gloria del Salmo 91.

A la sombra del Altísimo

Ahora consideremos la primera estrofa. Las certidumbres del salmo son posibles bajo las condiciones reveladas en esta estrofa. Todas las cosas que este hombre tuvo que decir a su propia alma, consciente del peligro, y al mismo tiempo de la protección perfecta contra él, tuvieron una razón única. ¿Quién es aquél que puede leer este salmo y apropiárselo? «*El que habita al abrigo del Altísimo*».

Esta declaración revela un principio de aplicación perpetua: Toda la literatura bíblica, sea histórica, didáctica o poética, revela el hecho de que la experiencia del privilegio descansa en el cumplimiento de condiciones. Tómese todo el asunto de la oración, por ejemplo, que es tan sagra-

El hombre cuya vida está en íntima conexión con la Autoridad final, mora en el lugar secreto.

do para los creyentes. ¿No dijo nuestro Señor: «*Pedid todo lo que queréis, y os será hecho*»? ¿Puede haber algo más vasto? Pero no debemos comenzar por ahí; las condiciones son: «*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros*» (Juan 15:17).

De la misma manera, «*el que habita al abrigo del Altísimo*» es quien está protegido contra el peligro. Las certidumbres del salmo son jubilosas, vibrantes, victoriosas, gloriosas; pero son el resultado del cumplimiento de las condiciones: «*El que habita*». En esta primera estrofa, dos cosas se hacen manifiestas: primera, la persona a quien se refiere todo lo que se dice: «*El que habita al abrigo del Altísimo...*»; y segunda, la situación que se describe: «*...morará bajo la sombra del Omnipotente*».

Autoridad y soberanía de Dios

«*El que habita al abrigo del Altísimo*». Comencemos con el final de esta frase: «El Altísimo». La palabra hebrea *Elyon* es el superlativo de un término que significa ascender. El Altísimo es aquel que se encuentra en

la cumbre final. Permitamos que nuestra imaginación nos ayude en este punto. Cuando el coro de ángeles irrumpió sobre las llanuras de Belén, aquella noche del nacimiento de Cristo, cantaron: «*Gloria a Dios en las alturas*». La frase: «*en las alturas*», no señala la graduación de la alabanza, sino más bien el lugar de Dios. «*Gloria a Dios*». ¿Qué Dios? ¿Quién es él? Él está en lo alto; es decir, él es el Altísimo. Se destaca la idea de la cumbre suprema en autoridad.

¿Cuáles son las cosas que nos imponen Su autoridad y ante las cuales nos inclinamos? La autoridad de nuestros deseos, la autoridad de nuestra inteligencia, la autoridad de nuestra voluntad. La autoridad externa. Trépose de cumbre en cumbre, y más alto todavía, y luego a poco ya estamos frente al único Trono del universo, el Trono de Dios: El es «*el Altísimo*». De esta manera, nuestra relación con la Autoridad final es el secreto de la protección de todos los peligros. ¿Quién es el hombre que canta este salmo? Es un hombre que está viviendo en el lugar escondido del Altísimo; un hombre que hace sus peticiones a la Autoridad última y que está sometido a ella.

Se reconoce aquí una verdad formidable, una verdad sobre la cual hablaron nuestros padres mucho más de lo que nosotros lo hacemos ahora: la verdad de la soberanía de Dios.

Por el momento, no hay ninguna indicación acerca de la sabiduría o del poder de Dios, aunque ambos están implícitos. Solo se destaca la idea de autoridad. Jeremías irrumpe en una exclamación que no tiene igual, por lo sublime, en la literatura divina: «Trono de gloria, excelso desde el principio, es el lugar de nuestro santuario» (17:12). Lo final en autoridad es el secreto de la protección y de la seguridad.

El lugar secreto

«Al abrigo», o «en el lugar secreto». Creo que no puede haber sido mejor traducida la idea; no obstante, nos detendremos para inquirir qué se quiere decir con ese término.

La palabra hebrea traducida como «lugar secreto» significa literalmente un lugar escondido. Esta palabra es interpretada de distintas maneras en el Salterio. En Salmos 18:11 podemos leer: «Puso tinieblas por su escondedero». Se usa la misma palabra, y podemos, con toda propiedad, leer: «Puso tinieblas por su lugar secreto».

En Salmos 27:5 leemos: «Me ocultará en lo reservado de su morada». La misma palabra: «Me ocultará en el lugar secreto de su morada». El Salmo 31:20 dice: «En lo secreto de tu presencia los esconderás». En el Salmo 61:4 leemos: «Estaré seguro bajo la cubierta de tus alas», esto es: «el

lugar secreto de tus alas». Y en el Salmo 81:7: «En lo secreto del trueno».

«El que habita en el lugar secreto». ¿Dónde, o qué es eso? La oscuridad es su lugar secreto; o finalmente el trueno, el lugar de agitación, es su lugar secreto. Esas son las fronteras. Entre ambos, su tabernáculo, lenguaje figurado que da la idea del lugar donde él habita, «la Presencia», y de delante de ella nunca nos escapamos.

A la sombra de Sus alas

«Sus alas», es el símbolo de la maternidad. El abrigo, el lugar de oscuridad, el lugar del trueno, el lugar de la habitación de Dios, el lugar de la presencia de Dios, el lugar de las alas protectoras de Dios; y quien habita en lugar semejante, es quien puede cantar el salmo. Es la persona que está morando allí; literalmente, la persona que se sienta allí, que se queda allí, que se siente en casa allí. El hombre cuya vida está en íntima conexión con la autoridad final, mora en el lugar secreto.

¿Qué dice el salmista acerca de tal hombre? Dice que «morará bajo la sombra del Omnipotente». Siguiendo el método anterior, comenzamos con la descripción que se hace de Dios: «El Omnipotente». Este calificativo implica un poder irresistible, una fuerza final. El hombre que habita en el lugar secreto de la más alta Autoridad, se encuentra en medio de todo

el poder y de toda la fortaleza. ¿No nos sorprende que Pablo escribiera: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom. 8:31). ¿Quién puede ser superior a este medio ambiente de todo poder, que el alma encuentra en Dios, si se está habitando en Su lugar secreto?

«Morará bajo la sombra». La idea de la palabra «sombra» no es la de una sombra proyectada por un objeto. Isaías dijo del Mesías que él será «como sombra de gran peñasco en tierra calurosa» (Is. 32:2). La figura que usa Isaías es la de un gran peñasco proyectando su sombra, y bajo esa sombra protectora puede el viajero sentarse a descansar del calor del día; pero esa no es la idea expresada en este salmo.

La palabra hebrea significa «cubrir con las alas». La figura de lenguaje entraña, principalmente, la idea de la maternidad. Surge del Génesis cuando el Espíritu de Dios se extendió; y a través de la literatura poética hebrea, encontramos una y otra vez esa figura de las alas extendidas. El salmista introduce en su canto la misma idea: él mora bajo la sombra del Omnipotente. «Omnipotente» es una palabra que me llena de temor; pero la otra palabra, «sombra», me muestra a la Omnipotencia obrando con la ternura de una madre.

Por último, «morará». La palabra hebrea significa, simplemente, detener-

se. En el lenguaje hebreo se usaba la palabra para expresar la idea de pasar la noche: «El que habita al abrigo del Altísimo, pasará la noche bajo las alas extendidas del Omnipotente». Esa es la idea completa del salmo.

La tempestad y la noche

Como dijimos antes, este salmo no es un salmo de aguas de reposo, sino de tempestad, de violencia y de esfuerzo. Sabemos algo de las aguas de reposo. «Junto a aguas de reposo me pastorearé»; pero él no siempre nos conduce por aguas tranquilas. Algunas veces las aguas son tempestuosas y amenazadoras. Este salmo es el salmo de la tempestad y el salmo de la noche. Si habitamos en el lugar secreto, pasamos la noche bajo las alas extendidas de Dios.

Llama nuestra atención el hecho de que, cuando Satanás atacó el centro espiritual de la personalidad de Jesús, el salmo que el Señor citó fue éste. Y en aquella ocasión, y siempre, Jesús obtuvo la victoria, porque vivió en el lugar aquí descrito: es decir, en el lugar escondido del Altísimo.

No hubo un solo momento en la vida de Jesús que estuviera lejos de esta posición; hizo, salió, entró, habló, descansó, trabajó, realizó todas las cosas íntimamente relacionado con la voluntad de Dios. Él vivió bajo la Autoridad final, y así habitó bajo la sombra del Omnipotente. ¿Pero sucedió

así en el momento cuando exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Seguramente; él habló a Dios en el lugar secreto de la oscuridad y del trueno.

Por Cristo entramos en el lugar secreto. «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar... Nadie viene al Padre sino por mí... El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Mat. 11:27-28; Juan 14:6, 9. Por medio de él tenemos acceso al lugar secreto.

Se dice que en el centro de un ciclón hay un punto de reposo. Esta es la historia de este salmo. Motivos de terror, leones enfurecidos, serpientes y dragones, peste y tinieblas espantosas y terribles. Sí, todo ello es cierto, pero habitando en el lugar escondido del Altísimo, morando bajo las alas extendidas del Omnipotente, se encuentra el alma a salvo.

Repetimos: éste no es el canto de las aguas tranquilas; es el canto de la tempestad y del lugar escondido; Su

tabernáculo, Su presencia, Sus alas. El lugar escondido está en el corazón mismo de las tinieblas, en el sitio mismo donde el trueno irrumpe.

Ellen Lakshmi Goreh interpretó de una manera perfecta los valores del salmo en la experiencia cristiana, en su himno que dice:

«Es deleite para mi alma esconderse en el Señor; cuán preciosas las lecciones que yo aprendo con Jesús; los cuidados terrenales no me pueden perturbar, ni las pruebas más agudas pueden mi ánimo abatir, porque siempre que a mi paso se adelanta el Tentador, mi alma tiene su escondite en los brazos del Señor.

Si mi alma desfallece agobiada por la sed;
A la sombra de Sus alas refrescante abrigo hay,
y una fuente fresca y clara como límpido cristal.
A mi lado viene Cristo y tenemos comunión;
Son tan dulces los momentos y es tan grande la visión
que aunque trato, nunca puedo, lo que él dice, publicar.

Solo sé que le confío dudas, penas y temor,
y que me oye con paciencia y me sabe confortar;
no penséis que mi Maestro no me sabe reprender;
si jamás él censurara los pecados que hay en mí,
no sería mi fiel Amigo, no sería mi Salvador.

¿Quieres de Su escondedero las dulzuras disfrutar?
Ve debajo de sus alas extendidas a morar;
y al salir de entre el silencio de su sitio de reunión,
llevarás sobre tu rostro, luminosa, la figura del Señor.

De Grandes Capítulos de la Biblia, Tomo I

Evangelio para todos

Alguien comentó un día a Spurgeon que sus sermones de evangelista eran más propios para una asamblea de negros que de blancos. Spurgeon le confesó: «En este caso, no dudo que conviene también a los blancos; porque entre negros y blancos solo hay una diferencia de piel. Pero yo no predico al pellejo de la gente, sino a sus corazones».

De la Web

La voluntad de Dios

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

"El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón" (Sal. 40:8).

Lo que ahora consideraremos es mostrar que un nuevo creyente puede conocer la voluntad de Dios. Esto es de gran importancia, porque la falta de tal conocimiento causa gran daño a Su servicio.

Desde el día en que es salvo, un hijo de Dios sufre un cambio drástico en su vida. Antes, él se sentía frustrado cuando no podía hacer lo que quería, pero era feliz si él podía obrar según su deseo. Tal felicidad se derivaba de su propia voluntad. Pero ahora, su centro ha cambiado, porque él tiene un Señor. Si aún vive según su propia voluntad, como antes, él no estará satisfecho; al contrario, se sentirá muy intranquilo.

Después que has sido salvo, tú descubres que la causa de tu malestar radica en seguir tu propia voluntad. Cuanto más actúes según tu deseo, menos feliz eres. Pero, si en lugar de

seguir tu propio pensamiento aprendes a seguir a Dios por la vida nueva en ti, tendrás paz y alegría.

Sin duda, este es un cambio maravilloso. Es muy gratificante hacer la voluntad de Dios. Nunca creas ni por un momento que seguir tu propia voluntad te hará dichoso. El camino hacia la felicidad no está en seguir tu voluntad, sino en seguir la voluntad de Dios.

La vida que hemos recibido tiene una demanda básica: debemos caminar según la voluntad divina. Cuando más hacemos la voluntad de Dios, más felices somos; cuanto menos andamos en nuestro propio camino, más recto es nuestro andar delante de Dios.

Si no vivimos según nuestro propio parecer, tendremos una vida más ascendente en la presencia de Dios.

Pero si seguimos nuestra propia voluntad, las cosas se harán más difíciles. La felicidad se encuentra en la obediencia, no en la voluntad propia.

Hermano, tan pronto como te conviertes en un cristiano, tú debes empezar a aceptar el pensamiento de Dios. Solo su voluntad debe gobernarlo todo. Nadie debe vivir según sus propias ideas. Serás salvo de muchos peregrinajes innecesarios si eres suave y tierno delante de Dios y aprendes desde el principio a someterte a su voluntad. La razón por la cual muchos fracasan en su vida cristiana es porque siguen su propia voluntad.

Recuerda, caminar según tu propia voluntad solo te acarreará dolor y pobreza espiritual. Al final, Dios te llevará a acatar su voluntad, pero él tendrá que obtener tu sumisión a través de circunstancias especiales o tratos inusuales. Si no fueras su hijo, él podría dejarte ir. Pero, ya que eres su hijo, él te llevará a su manera en el camino de la obediencia. Toda desobediencia solo te hará vagar innecesariamente. Al final, terminarás obedeciendo.

Cómo conocer la voluntad de Dios

¿Cómo podemos conocer la voluntad de Dios? A menudo cometemos errores. No es fácil para nosotros, personas terrenales, entender la voluntad de Dios. Sin embargo, tenemos un

consuelo delante de él: no es solo que nosotros queramos hacer la voluntad de Dios, sino que también Dios quiere que la hagamos.

Nosotros buscamos entender su voluntad, y él nos llama para conocerla. Puesto que él quiere que hagamos su voluntad, de seguro él nos permitirá comprenderla. Por lo tanto, es un asunto de Dios revelarnos su voluntad. Ningún hijo de Dios necesita preocuparse sobre cómo puede hacer la voluntad de Dios cuando no tiene conocimiento de ella. Aunque es difícil saber la voluntad de Dios, preocuparse por ello es innecesario. De alguna manera, Dios hará su voluntad conocida para nosotros.

¿De qué manera es posible conocer la voluntad de Dios? Hay tres cosas a las cuales se debe prestar atención. Cuando estos tres factores coinciden, puedes estar bastante seguro de lo que es la voluntad de Dios. Pero si estos tres elementos no se alinean, si uno de ellos no armoniza con los otros, entonces tú sabes que aún tienes que esperar más delante de Dios.

I. El arreglo de las circunstancias

La Biblia nos dice: «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto?» (Mat. 10:29). En otro lugar, dice: «¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos?» (Luc. 12:6). Matemáticamente, si un cuarto compra dos pajarillos, dos cuartos comprarían cuatro go-

Si nosotros no vivimos según nuestro propio parecer, tendremos una vida más ascendente en la presencia de Dios.

rriones. Pero el Señor dice que dos cuartos compran cinco pajarillos. Esto demuestra cuán baratos son los gorriones. Un cuarto por dos, dos cuartos por cinco, y uno agregado sin costo. Sin embargo, ni aun este quinto pajarillo podría caer a tierra aparte de la voluntad de Dios.

No quiero hablar del gorrion primero o segundo, sino del quinto. A menos que sea voluntad de Dios, este quinto gorrion no caerá a la tierra – aunque fue adquirido sin precio, simplemente siendo agregado a la compra. Así, la Biblia nos indica que todos los arreglos ambientales, todas las cosas que suceden en el entorno, son expresiones de la voluntad de Dios. Nadie caerá a tierra fuera de la voluntad del Padre celestial. Por lo tanto, si tú ves un gorrion en el suelo, esto concuerda con la voluntad de Dios.

Los nuevos creyentes deberían aprender a conocer la voluntad de Dios a través de las circunstancias. No hay nada en nuestras vidas que sea accidental. Los acontecimientos de

cada día son medidos por el Señor. Necesitamos ver que todo en nuestra vida – eventos, familias, esposos, esposas, hijos, compañeros, familiares – todo está dispuesto para nosotros por el Señor. Las cosas que nos ocurren a diario están todas dentro del orden del Padre. Debemos aprender a conocer la voluntad de Dios en nuestro entorno. Este es el primer factor.

Muchos nuevos creyentes aún no han aprendido cómo ser guiados por el Espíritu Santo; ellos pueden saber muy poco de la enseñanza de la Biblia. Sin embargo, Dios aún puede guiarlos, porque ellos pueden al menos ver la mano de Dios en todo lo que les sucede. Este es el primer paso.

2. La guía del Espíritu Santo

Hemos visto cómo la mano de Dios se manifiesta en las circunstancias que nos rodean. Dios no quiere que seamos como el caballo o la mula que no tienen entendimiento. Él nos dará dirección desde adentro. *«Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios»* (Rom. 8:14).

¿Quién puede ser conducido por el Espíritu de Dios? Los hijos de Dios podemos, porque el Espíritu Santo nos conduce desde adentro. Dios no solo nos guía a través de las circunstancias, sino que también nos guiará por su vida en nuestro espíritu. Re-

cuerda que somos habitados por el Espíritu Santo; lo tenemos en nosotros. Debido a esto, Dios puede hacer conocida su voluntad para nosotros en lo más profundo de nuestro ser.

Nuevos creyentes, ustedes tienen un nuevo espíritu, y el Espíritu de Dios también habita en ustedes. Ese Espíritu de Dios que mora en ustedes les dirá cuál es la voluntad de Dios. El testigo está dentro de ti. Esta es una característica del creyente de hoy: no solo conoce a través de las circunstancias, sino también desde su propio interior. No solo puede ver el arreglo del Señor en su entorno, sino también el Señor mismo revela adentro cuál es su voluntad.

Aprende, pues, a confiar en la guía del Espíritu Santo dentro de ti, así como en la disposición de Dios en tu entorno. En el momento más apropiado, el tiempo de necesidad, el Espíritu de Dios dentro de ti no callará, sino que te alumbrará, mostrándote si el asunto es o no es de Dios. Tan pronto como alguien cree en el Señor, él es capaz de ser conducido por el Espíritu Santo. Él no necesita esperar un tiempo futuro.

Con el fin de conocer la voluntad de Dios, tú necesitas saber algo de este sentimiento interior. Sin embargo, no debes sobredimensionarlo, para no caer en el análisis. Lo que debes ver es simplemente que el Espíritu de

Dios habita en el lugar más íntimo del hombre, es decir, en su espíritu. Por eso, la conciencia del Espíritu Santo no puede ser superficial o externa; viene de la profundidad de tu ser. No suena como una voz, y sin embargo, es como una voz. No es exactamente como un sentimiento, y sin embargo, es como un sentimiento.

El Espíritu del Señor dentro de ti te dirá lo que es y lo que no es su voluntad. Si tú eres del Señor, cuando sigues el cauce de esta vida nueva, tienes la sensación de ir bien. Pero si te rebelas o resistes un poco, te sientes molesto e intranquilo dentro de ti.

3. La enseñanza de las Escrituras

La voluntad de Dios no es solo manifestada en nuestro entorno, y por su Espíritu Santo habitando; también nos es dada a conocer a través de la Biblia. Su voluntad ha sido revelada muchas veces en el pasado, y esto está registrado en las Sagradas Escrituras. La voluntad de Dios es una sola, no dos o diez, o cien, o mil voluntades. La voluntad de Dios es única. Él no cambia de un día a otro. Su voluntad continúa siendo la misma por siempre. Por esta razón, los hijos de Dios deben conocer la Biblia. En ella encontrarán la revelación de la voluntad de Dios.

La manera en que Dios ve una cosa hoy es la misma que veía en el pasado. Aquello que él condenó antes, lo

condena ahora. Aquello en lo cual Dios se deleitaba antes, sigue siendo su delicia hoy. La Biblia es el lugar donde Dios revela su mente. Dios manifestó su propia voluntad con respecto a muchas personas y muchas cosas en los días pasados. Todas ellas están registradas en la Biblia.

Puesto que la voluntad de Dios es uniforme, ya hay un número de ejemplos en la Biblia para mostrarnos lo que ella es. Es absolutamente imposible para Dios condenar hoy algo que él ya ha aprobado en la Biblia. Además, el Espíritu Santo hoy nunca nos llevará a hacer lo que Dios ya ha denunciado en la Biblia. La voluntad de Dios es una sola.

La voluntad de Dios se conoce en la concordancia de estos tres factores. Estos tres factores juntos manifiestan la voluntad de Dios – nuestro entorno, la guía del Espíritu y la palabra de Dios. Por la concordancia de estos tres, aprendemos a conocer la voluntad de Dios. ¿Qué debemos hacer si queremos buscar la voluntad de Dios en un asunto en particular? Para estar seguros, estos tres factores deben estar de acuerdo. No puede ser solo un factor, sino el acuerdo de los tres. Entonces podemos estar claros de Su voluntad.

4. El principio de la iglesia

Dios nos ha mostrado que su voluntad es manifiesta en su palabra, en el

espíritu del hombre y en el entorno. Ahora vamos a añadir un factor más: la voluntad de Dios es manifestada a través de la iglesia. No hay ninguna guía que pueda mantenerse de forma independiente. Los hijos de Dios hoy en día son muy diferentes al pueblo del Antiguo Testamento. Durante aquel tiempo, ellos se convirtieron en el pueblo de Dios individualmente; pero hoy somos el pueblo de Dios corporativamente. Ellos se convirtieron en el pueblo de Dios como una nación, mientras que nosotros somos el pueblo de Dios como un cuerpo.

Ninguna mano puede moverse sin implicar a otras partes del cuerpo. ¿Cómo puede moverse la mano sin que el cuerpo se mueva? ¿Cómo pueden ver los ojos y el cuerpo no? ¿Pueden escuchar los oídos y el cuerpo no? El oír de los oídos es el oír del cuerpo; el ver de los ojos es el ver el cuerpo. Aunque los pies hacen la caminata, el cuerpo ha caminado. Asimismo, toda la dirección de Dios es corporativa, no personal, envolviendo todo el cuerpo.

La luz de Dios está en el santuario; la gloria de Dios también está ahí. Siendo la iglesia de Dios un santuario, la gloria de Dios se manifiesta allí, porque la gloria de Dios está en el santuario. No es solo que somos individualmente guiados por Dios, sino que todo el cuerpo –hermanos y hermanas– recibe la orientación del Señor.

No es una persona quien toma una decisión; por el contrario, es el cuerpo quien decide. Debemos aprender a conocer la voluntad de Dios por el principio de la comunión.

Cuando estos cuatro factores están en una línea recta, todo está bien. La voluntad de Dios se manifiesta en nuestras circunstancias, en la dirección del Espíritu Santo, en la Biblia y a través de la iglesia. Después que alguien ha examinado los tres primeros factores, aún debe consultar a la iglesia. Dios manifiesta su voluntad no solo a una persona, sino a un cuerpo, es decir, a todos los hermanos y hermanas. Por tal razón, es importante estar claros en el sentir interior, en la palabra de Dios, en el entorno y finalmente en el consentimiento de la iglesia.

El problema del hombre

Por último, aunque todos los cuatro factores anteriores parezcan dar una indicación positiva, ello no necesariamente garantiza el haber encontrado la voluntad de Dios, porque si al-

guien confía en los métodos puede equivocarse. Él necesita clamar desde el fondo de su corazón, «Señor, yo soy tu siervo; quiero hacer tu voluntad».

A menudo es preocupante el hecho de que muchos buscan saber cómo conocer la voluntad divina sin tener realmente el corazón para hacerlo. Ellos quieren conocer el método apropiado. Parecen considerar la voluntad de Dios como una especie de conocimiento para almacenar sin usarlo. Ellos acuden a Dios para conocer Su voluntad, pero luego actúan de acuerdo a sus propios pensamientos.

No olviden la palabra del Señor Jesús: «*El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios*» (Juan 7:17). Busquemos realmente conocer la voluntad divina. Tomemos la voluntad de Dios como nuestro alimento y nuestra vida, y aprendamos a obedecerla.

Traducido de Spiritual Exercise, Chapter 28
Christian Fellowship Publishers

La senda errada

Un pastor que estaba de visita en la granja de unos creyentes, paseaba por el campo guiado por un joven de la casa. El sol brillaba y el aire era sofocante, por lo cual viendo el pastor una senda que entraba en un bosque se encaminó hacia ella; pero el muchacho se lo desaconsejó. «¿Por qué no te gusta este camino, que parece tan bueno?». «No es el camino lo que no me gusta, sino el lugar a donde conduce. Es el camino hecho por los cerdos, y llega a un pantano».

De la Web

Las limitaciones de la ciencia en su intento por explicar la fe cristiana.

El espíritu de la ciencia y el significado de la vida

Ricardo Bravo

La ciencia por definición reconoce como conocimiento solo aquello que puede definir experimentalmente. Subyace a esta propuesta metodológica el sistema filosófico denominado Naturalismo, el cual excluye la existencia objetiva de todo lo sobrenatural, y solo reconoce como conocimiento científico lo determinado por su propio método. Con él realiza investigaciones en las más diversas áreas de las ciencias naturales, pero también se inmiscuye en otras, como por ejemplo, la que aborda la denominada neuroteología (una rama de la neurociencia), que trata de explicar las expresiones espirituales humanas y sus intereses religiosos.

Por supuesto que los resultados de estas últimas realidades no se interpretan en un contexto sobrenatural, sino que solo se traduce a los parámetros físicos y químicos, medibles en el ámbito naturalista.

El reduccionismo de la neurociencia

La neuroteología afirma que los fenómenos religiosos son solo respuestas aprendidas a partir de determinados estímulos condicionados. Aseguran que la fe se explica solo por la activación de un grupo de neuronas en cierta parte del cerebro, producto de determinadas reacciones bioquímicas.

Es evidente que esta nueva ciencia (la neuroteología) nunca podrá entender la espiritualidad humana, porque antes de realizar una determinada investigación, acepta como única realidad lo que existe en el mundo material, y niega de antemano otras realidades distintas de las materiales. Ello hace que la neuroteología sea una ciencia metodológicamente reduccionista, al señalar que la espiritualidad humana se puede explicar solo desde la química.

Es cierto que los procesos bioquímicos de activación de neuronas en los fenómenos religiosos describen una realidad, pero ello nada dice acerca de la realidad última de esos fenómenos. Se trata solo de la descripción de un mecanismo, y los mecanismos nunca podrán explicar el por qué (las causas originales que generan el fenómeno), sino solo explican el cómo (el proceso de cómo ocurre ese fenómeno).

Esto se puede entender mejor con el siguiente ejemplo: Si en un país de Latinoamérica un grupo de aficionados al fútbol se reúne frente a un televisor gigante a mirar el partido final de un mundial, transmitido en directo desde Europa, a ninguno de ellos se le ocurriría pensar que es el propio aparato con sus circuitos integrados el que genera el evento que están viendo. A todos los espectadores les queda claro que ese es un fenómeno real que está ocurriendo a miles de kilómetros de distancia, y el televisor nada puede atribuirse de tal fenómeno sino solo dar una descripción del mismo, por medio de la señal electrónica en forma de colores y movimiento.

Las señales espirituales que relacionan a una persona con Dios cuando ésta se encuentra orando, por ejemplo, son efectivamente descritas por medio de ciertas neuronas que se activan, lo que se puede reconocer

por medio de un scanner al cerebro, pero esta reacción neuronal no puede decir absolutamente nada acerca del prodigioso fenómeno que está ocurriendo, y que se enmarca fuera del ámbito material.

Efectivamente, la ciencia ha hecho de la materia y las fuerzas de la naturaleza su única materia de estudio. Ello es así porque su metodología no le permite estudiar lo que está más allá de la materia. Lo inmaterial, lo sobrenatural, necesariamente trasciende sus dominios.

Pero son pocos los científicos que reconocen estos límites de la ciencia. Lo cierto es que la mayor parte de ellos son metodológicamente reduccionistas, cuando niegan a priori la espiritualidad humana, e intentan explicar la fe de los creyentes solo por medio de procesos químicos ocurridos en el cerebro.

Sin embargo, la ciencia, históricamente, ha utilizado la fe en su modo de operar y ha existido gracias a una espiritualidad importada de la cosmovisión judeocristiana.

La fe de la ciencia

Considerando lo expresado en los párrafos previos, hablar del espíritu y la fe de la ciencia resulta casi una abominación, si se piensa desde la cosmovisión materialista. Sin embargo, no cabe negar a priori lo que resulta un misterio para la ciencia, sim-

plemente porque ésta no lo puede investigar.

Afortunadamente, existen científicos que logran reconocer este problema. Es el caso del conocido antropólogo y escritor científico norteamericano Loren Eiseley, quien afirmó que la ciencia no puede contestar todos los misterios de la existencia, reconociendo por tanto los límites que ésta tiene¹.

Pero Eiseley fue más allá, y en su libro *El siglo de Darwin*, señala que el origen de la ciencia moderna nació de «*el mero acto de fe en que el universo poseía orden y que las mentes racionales podrían interpretarlo*».

Comenta Eiseley que los investigadores se enfrentaban con un universo racional, ordenado por leyes precisas, teniendo en su fuero íntimo la convicción de que existía control por parte de un Creador. Y luego agrega: «*Es una de las paradojas más singulares de la historia el que la ciencia, que profesionalmente tiene poco que ver con la fe, debe sus orígenes a un acto de fe en el que el universo puede ser interpretado racionalmente, y la ciencia actual se sostiene en esa suposición*».

A una conclusión similar llegó Albert Einstein, la que plasmó en una frase genial: «*Lo más incomprensible del universo es que sea comprensible*». Efectivamente, es inconcebible un nivel de orden tan fino en el univer-

so, si no proviene de una causa, de un propósito, el que es además Omnipotente, considerando el perfecto funcionamiento de un inmensurable universo. Es por ello que el salmista escribió: «*Los cielos proclaman la gloria de Dios, y la expansión (universo) anuncia la obra de sus manos* (Sal. 19:1, LBLA)².

La naturaleza y su extraordinario orden intrínseco es reconocida como «bueno» y «muy bueno» por la Escritura bíblica (Gén. 1:10, 12, 18, 21, 25, 31), pero nunca la señala como una deidad, sino como parte de la creación de Dios.

El espíritu de la ciencia

Los escritores e investigadores Pearcey y Thaxton, en un interesante libro titulado *El Espíritu de la Ciencia*³, concluyen que lo que motivó el desarrollo continuo y multidisciplinario de la ciencia moderna, con sus inicios en la Europa medieval, fue la cosmovisión cristiana del mundo. Antes de ello, el desarrollo científico fue discontinuo y en muy pocas áreas.

A similar conclusión llega el conocido matemático y filósofo inglés Alfred North Whitehead en su libro *La Ciencia y el Mundo Moderno*⁴. North Whitehead menciona el surgimiento de una «mentalidad científica», en el contexto de una cosmovisión cristiana, la que habría favorecido una actitud creciente de búsqueda de cono-

la ciencia, históricamente, ha utilizado la fe en su modo de operar y ha existido gracias a una espiritualidad importada de la cosmovisión judeocristiana.

cimiento científico en la Europa del siglo XVII.

El resurgimiento del cristianismo en Europa por medio de la reforma protestante, activó fuertemente la visión de que la naturaleza y el universo están sujetos a la acción soberana de un Dios Todopoderoso que no cambia y, por tanto, éstos deben estar regidos por leyes y principios altamente regulares, los que pueden ser investigados.

A partir de aquí se deriva el concepto de *ley física*, acuñado por grandes científicos y filósofos cristianos como Johannes Kepler, Isaac Newton y René Descartes. Este concepto quedó claramente forjado en sus publicaciones del siglo XVII.

En este mismo sentido, el historiador Carl Becker (1932)⁵, estableció que la idea de ley de la naturaleza no provino de las observaciones científicas, sino que derivó del espíritu creacionista que inspiró el surgimiento de

la ciencia moderna. Por tanto, esta importante noción de leyes naturales (las cuales empezaba a descubrir la ciencia), no resultó a partir de la experiencia científica, sino que provino desde el espíritu que la inspiraba, desde la creencia en el mundo creado y gobernado por el Dios Creador y Sustentador que señala la Biblia.

Lo más importante no es material

No cabe duda que la ciencia ha realizado grandes aportes a la humanidad en las áreas tecnológicas y médicas, entre otras. Pero es necesario hacer la diferencia entre la verdadera ciencia y el naturalismo metafísico disfrazado de ciencia, el que asegura que solo existen como entidad explicativa las leyes de la naturaleza.

Esta sesgada visión, unida al materialismo, reduce al ser humano solo a genes (genética molecular) y cerebro (neurociencia). No hay lugar para el alma o el espíritu. La biología actual vive una suerte de encantamiento con el desarrollo de estas ciencias, en donde el ADN, molécula portadora de las instrucciones genéticas usadas en el desarrollo y funcionamiento de los seres vivos, se ha convertido en una entidad altamente poderosa.

Sin embargo, desde las mismas filas de las ciencias se está llamando a reconocer que ciertas realidades funda-

mentales no son observables directamente. El físico teórico Paul Davies, en su libro *Dios y la Nueva Física*⁶ escribe: «*Ninguna de las partículas subatómicas es realmente partícula en el sentido corriente del término*». ¿Por qué? Porque la ciencia ha comprobado que a nivel atómico, la materia está principalmente hecha de vacío.

Existen enormes espacios entre protones, electrones y demás partículas atómicas. Pero, además, se ha comprobado que las partículas materiales no existen por sí mismas, sino que su existencia se debe a los efectos que las originan. A estos efectos, la física les llama *campos* (campo electromagnético, campo gravitatorio, campo protónico, campo electrónico). En consecuencia, los elementos materiales que vemos y palpamos no serían más que distintos campos que interactúan entre sí. En el fondo es el espíritu de la materia, lo esencial.

En el área de la biología ha ocurrido lo mismo. Los miles de experimentos realizados para tratar de explicar el origen de la vida a partir de la química, por más de medio siglo, han fracasado una y otra vez. La vida usa materiales químicos, pero en el fondo no es química.

La ciencia de la Biosemiótica señala hoy día que la esencia de la vida no es materia química ni tampoco ener-

gía; afirma que la vida es básicamente información codificada⁷. Si la vida no es materia ni energía, no sirve la aplicación de las leyes naturales. El punto entonces, es que esta nueva ciencia nos saca del ámbito físico y químico, y nos lleva a un ámbito no material, aquel que es responsable del origen del control simbólico que está en los códigos de los genes. Se han de buscar por tanto otras respuestas, fuera del ámbito materialista y fisicalista.

El significado de la vida

Marcello Barbieri, uno de los científicos líderes de la nueva ciencia de la Biosemiótica, afirma en uno de sus artículos: «*Desafortunadamente la biología moderna ha aceptado el concepto de información (genética en el ADN), pero no el concepto de significado, y esto es equivalente a decir que la información genética es real pero no lo es el código genético*»⁸.

La queja de Barbieri acerca de que la ciencia no quiere reconocer el concepto de significado en el ADN tiene mucho sentido. Efectivamente, no puede encajar en una cosmovisión naturalista y materialista de la ciencia, el hecho de que el código genético esté escrito con información inmaterial, el que además revela significado. Esto les llevaría a reconocer directamente una acción sobrenatural creadora, como la descrita en la Biblia.

Pero así como efectivamente hay significado en el código genético del ser humano, su vida misma tiene un profundo significado, el cual, al no ser encontrado, provoca un gran vacío existencial y emocional. Todo ser humano en alguna etapa de su vida se hace estas preguntas existenciales que dan sentido a su vida: ¿Quién soy? (la necesidad de identidad); ¿Por qué estoy aquí? (la necesidad de propósito); ¿Hacia dónde voy? (la necesidad de esperanza).

En el libro bíblico de Eclesiastés se relata magistralmente este vacío existencial del ser humano cuando no tiene a Dios, señalándolo como «vanidad de vanidades» o vacío de vacíos (Eclesiastés 2:11, 17). El ateísmo, las riquezas, el poder, los distintos logros personales, no llenan las necesidades más profundas del ser humano. Sin Dios, el sentido de la vida se convierte en un sinsentido. Si vinimos a la vida por azar (evolución biológica), entonces no hay propósito.

Sin embargo, el ser humano busca con afán llenar ese vacío existencial con distintas cosas, pero solo consigue una tranquilidad momentánea; son solo calmantes. El vacío profundo de su alma vuelve a aflorar, una y otra vez. Las grandes crisis personales, el encuentro con la muerte de un ser querido, y el duelo posterior, o la propia cercanía a la muerte, hacen resonar fuertemente estas preguntas

fundamentales, ¿por qué? ¿para qué? ¿qué sentido tiene? El vacío existencial genera pesimismo, escepticismo, desesperanza.

Conocidos escritores y filósofos lo han dejado por escrito. Albert Camus señaló: «*La vida no tiene sentido y no vale la pena vivirla*» (*El Mito de Sísifo*, 1996). Jean Paul Sartre, en su obra *La Náusea* (1938), declaró: «*Venimos de la nada, existimos sin justificación alguna y terminaremos en la nada. Hemos sido arrojados a la existencia, y del mismo modo seremos arrojados a la muerte*».

El ser humano tiene sed de eternidad, de trascendencia, de inmortalidad. Esto suele reflejarse equivocadamente en la idea de reencarnación que profesan algunas religiones orientales, las que se fundamentan en un concepto cíclico del devenir humano y la naturaleza. La propuesta del Cristianismo no es cíclica, sino lineal; tiene un principio y un fin, lo que se explica muy claramente en el texto bíblico, desde Génesis hasta Apocalipsis.

Gran parte del mundo científico, anclado en el naturalismo y reduccionismo metodológico, solo ha mirado una cara del complejo prisma que es la realidad humana, a pesar de que el notable surgimiento de la ciencia moderna ha estado sustentado en concepciones sobrenaturales creacionistas. Pero, además de la faceta bio-

lógica, el ser humano tiene faceta moral, emocional y espiritual. Y es esta última faceta la que sufre un enorme vacío existencial y desesperanza cuando recibe respuestas equivocadas a sus profundas necesidades de sentido.

Solo en Dios, el ser humano encuentra el verdadero sentido a su existencia. Solo Dios y su Palabra nos explican de dónde venimos, por qué estamos aquí y hacia dónde vamos. Esto llena el vacío existencial, le da sentido a la vida, y también esperanza acerca de lo que viene después. Por ello, el salmista manifiesta tan claramente que: «*En Dios solamente está acallada mi alma*» (Sal. 62:1, RV 1960)⁹.

Literatura citada

1. Eiseley Loren. 1961. Darwin's Century. Evolution and the men who discovered it. Garden City, New York. Anchor, pág. 62.
2. LBLA. La Biblia de las Américas.
3. Pearcey N. & B. Thaxton. 1994. The Soul of Science. Crossway Books
4. North Whitehead A. 1964. Science and the Modern World (Publicado originalmente en 1925).
5. Becker, C. 1932. The Heavenly City of the Eighteenth-Century Philosophers. New Haven: Yale University Press, 132 pp.
6. Davies, P. 1988, Dios y la nueva física, Salvat, Barcelona.
7. Barbieri M. 2008. Biosemiotics: a new understanding of life. *Naturwissenschaften*, 95:577-599.
8. Barbieri M. 2013. The Paradigms of Biology. *Biosemiotics*, 6:33-59.
9. Biblia Reina Valera, 1960.

El arca de Noé y las naves modernas

La palabra arca significa caja (*tebah* en hebreo, y *kibotos* en griego). Esto se debe a su forma angular y no curva, pues fue proyectada para flotar y no para navegar. Fueron construidos algunos modelos de ella, comprobando no solo su mayor capacidad de carga en relación a un buque, sino también sus características adecuadas para el mar y su cualidad de ser prácticamente insubmersible.

Fue la mayor infraestructura construida para flotar sobre las aguas, hasta fines del siglo XIX, cuando surgieron los primeros buques de acero. Asumiendo para el codo un valor mínimo de 46 centímetros, el arca tenía una capacidad de 43.000.000 litros, suficiente para contener 522 vagones de ferrocarril.

Considerando que en 150 de estos vagones es posible alojar dos ejemplares de todos los animales que respiran aire, el arca tenía espacio suficiente para dar cabida a todas las especies existentes hoy, más dos ejemplares de animales ya extintos, y toda la comida necesaria para alimentarlos.

Á Maturidade

Cartas de nuestros lectores

Sobre la apostasía

Con gran regocijo recibí la última revista. Estaba transcribiendo un mensaje sobre la falsedad en el evangelismo actual, cuando recibí la edición que trata sobre la apostasía, y no creo que esto sea una coincidencia. Creo que el Señor quiere prepararnos más en este asunto, ya que cada día la apostasía avanza más y más. Ya tuve la oportunidad de compartir el tema «Peligros de un evangelio falso», del hermano David Wilkerson, pero todos los mensajes de la revista son muy instructivos. El Señor siga bendiciendo y ampliando este ministerio.

Asmiria Pirela (Venezuela).

Mensajes de vida

Con alegría recibimos la última revista Aguas Vivas. Siempre es portadora de mensajes que alimentan de vida a los creyentes, en medio del alud de apostasía en estos últimos tiempos. Les enviamos un gran abrazo y que el Señor derrame su gracia y el gozo de la vida de Cristo en ustedes.

Arcadio Díaz (Colombia).

Un manantial

Gracias por el envío de la revista, que despierta a muchos cristianos. Dios ha tocado mi corazón a través de ella, para así tener una iglesia que predique un evangelio verdadero. Sigamos con esa visión que Dios les ha dado acerca de la iglesia gloriosa. A la verdad, esta revista es un manantial. La he usado en mi vida ministerial, y mi esposa la tiene como un medio de enseñanza.

William López (Cuba).

Sabiduría de lo alto

Me gozo en gran manera al recibir la revista, fuente de sabiduría y revelación de lo alto, que Dios usa para ilustrar cómo las verdades bíblicas cobran vida a lo largo de la historia, y en especial preparando a Su pueblo ante la pronta venida de Su amado Hijo, inagotable y eterno manantial de vida para los que creen en él. Gracias a todo el colectivo de redacción, y a los que de una manera u otra nos instruyen y edifican a la distancia, aunque muy cercanos en el mismo Espíritu.

Eduardo Rodríguez (Cuba).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 88 · Octubre - Noviembre - Diciembre 2017.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.